La Ilustracion Artística

Año XI — Barcelona 24 de octubre de 1892 — Núm. 565

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA CUNA VACÍA, cuadro de T. G. Sampedro

SUMARIO

CRÓNICA DE ARTE

Cuando los suscriptores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA lean esta crónica se habrán inaugurado la Exposición internacional de Bellas Artes, la Histórico-Europea, la Hispano-Americana. Además se habrán descubierto las estatuas de Piquer, fundador del Monte de Piedad; la del marqués de Pontejos, de la Caja de ahorros de Madrid, ambas emplazadas en la plaza de las Descalzas, frente á los edificios de los citados Monte y Caja de ahorros; las de Ramírez de Madrid, Lope de Vega, Ventura Rodríguez y Fernández de Oviedo, que se elevan en la plaza de la Discordia, como llama mi compañero y amigo Cavia á la de Cibeles; y habrán desaparecido la andamiada que oculta el frontón de la Biblioteca y los cajones en que se hallan enchiquerados el Rey Sabio, Vives, Lope de Vega, Nebrija, Cervantes, Velázquez y Berruguete.

La estatua del marqués de Pontejos habíala visto en el estudio del malogrado escultor Medardo Samartí, cuando éste todavía la estaba concluyendo de modelar. La impresión que allí me causó no fué en verdad muy halagüeña. Del citado artista conocía yo obras de bastante más mérito.

La del P. Piquer no es tampoco obra que pueda colocar el Sr. Alcoverro al lado de sus estatuas de Berruguete y de San Isidoro. Peca un tanto de tímida la ejecución y de mezquina la totalidad. No pasa de ser una escultura discreta, no más que discreta. Otro tanto le acontece al bajo relieve que tiene empotrado en el frente el pedestal. Por cierto que éste es bastante mejor que el que sostiene la efigie del marqués de Pontejos.

Y ya que me ocupo de escultores y de esculturas, diré que el frontón de la nueva Biblioteca, cuyo emplazamiento está ya terminado, produce en conjunto el efecto decorativo que deben producir esta clase de obras, y que separadamente algunas de las figuras resultan muy bellas. De lamentar es que lleve acróteras y la estatua de España, pues le dan un aspecto semejante al de los tímpanos de las sepulturas de lujo que el mal gusto y la moda han impuesto. Claro está que ni en poco ni en mucho digo esto como censura al artista, por cuanto en las condiciones del concurso estaba la de las dichosas acróteras; pero quiero que conste mi disgusto, del cual participan personalidades dignas de todo respeto por su inteligencia en cuestiones de estética, por ejemplo el maestro Balart, á quien he oído censurar duramente el acuerdo de la Academia de San Fernando.

Nada puedo decir de las estatuas destinadas á la plaza de Cibeles, pues todavía no he podido ver ninguna; sin embargo, las noticias que de esas obras escultóricas tengo son de que honran á los artistas Sres. Susillo, Querol y Alcoverro á quienes fueron encomendadas.

Hablemos ó murmuremos algo (como quieran mis lectores) de las cosas, casos, cuadros y estatuas de la próxima Exposición de Bellas Artes.

Principiando por el *principio*, esto es, por las cuestiones habidas en el seno del Jurado de admisión de obras, diré que ha sido agriamente fustigada la manera y modo con que llevó á cabo su cometido la mayoría de los dignos individuos de dicho Jurado. Y tan pesada fué la atmósfera que en contra (no sé si justa ó injustamente) de lo que aquel tribunal hacía se formó, que en *La Correspondencia* hubo de aparecer un suelto de carácter oficioso, en el cual se hacía constar cómo el Presidente del Consejo de Ministros entendía que deberían renunciar al honor de ser jueces de calificación todos los que componían el Jurado que entonces actuaba, pues no le parecía bien ni mucho menos lo que estaban haciendo. ¿Qué hacían, pues, de malo? He aquí la incógnita que el Sr. Cánovas y Vallejo, individuo del tribunal de expurgo, se encargó, si no de despejar por completo, por lo menos de indicar atenuando todo lo posible las crudezas de la verdad, según se desprendía de los comunicados que en la citada *Correspondencia de España* como en *El Liberal* publicó dicho señor.

Decía el Sr. Cánovas y Vallejo que no se examinaban bastantes obras, y que él no había podido ver un buen número de ellas. Replicó el secretario del Jurado asegurando que no era cierta la especie. Volvió el Sr. Cánovas á sostener su afirmación, y de nuevo el secretario trató de desmentir al comunicante, con la firma de algunos de los individuos del Jurado.

A todas estas, llegó el día de la elección del tribunal calificador y de colocación. El Sr. Cánovas y Vallejo fué elegido por la sección de Escultura, y varios de sus compañeros lo fueron también como suplentes de las de Arquitectura y Pintura; pero renunciaron. Se acercaba la hora en la cual había de despejarse la *x* que á tantos dimes y diretes daba lugar. En efecto, reunido el Jurado para proceder á la colocación de las obras, el desaliento se apoderó de todos á la vista de mil quinientos y pico de cuadros, de los cuales, según espontánea manifestación de uno de los individuos del Jurado, cuatrocientos no podían figurar en el certamen, si éste había de ofrecer un buen conjunto. La *x*, pues, se despejó, y no favoreciendo gran cosa á los firmantes de la comunicación en que se refutaban las afirmaciones del señor Cánovas y Vallejo.

El Jurado calificador tomó la resolución de evitar á todo trance que pudiera señalarse ninguna sala con el dictado de *Sala del infierno*, denominación que dan los artistas al local adonde se relegan las obras malas. Para lograr este objeto, los Sres. Moreno Carbonero, Muñoz Degrain, Martínez Cubells, Agrasot y Navarrete, que son los pintores que forman la mayoría del Jurado de la sección de Pintura, colocaron sus propias obras entre las peores, haciendo lo mismo con las de artistas de renombre. De este modo se ha salvado la dificultad de la colocación, pero se pierde gran parte del efecto estético que podría causar el golpe de vista que ofrecieran tres ó cuatro salas donde solamente hubiese arte serio.

Hoy se concluyó de instalar la sección española. En la bávara solamente faltan algunos detalles de escasísima importancia. Por lo que respecta á la francesa, no se sabe todavía cuando estará completamente instalada, pues faltan aún una porción de cajas que hace tres ó cuatro días salieron de Irún y Port-Bou con destino á este certamen. Un telegrama recibido esta tarde de París anuncia un nuevo envío (el último), consistente en dos retratos de Bonnat, uno de ellos el célebre del cardenal Lavigerie.

No voy á hacer crítica en este artículo, ni en las *crónicas* sucesivas tampoco habré de hacer más que mencionar aquellos cuadros que conceptúe dignos de ser mencionados, sea por el concepto que quiera. He decidido seguir esta línea de conducta que me tracé hace algunos días, y deseo que conste así.

Por de pronto diré que el cuadro de Simonet que representa á *Cristo predicando la destrucción de Jerusalén*, cuenta con la primera medalla, por unanimidad. Nada más justo. Aparte de las objeciones que por la elección del motivo puedan hacérsele al artista, objeciones que Alma-Tadema hace en un libro por él escrito y publicado, á propósito de lo que no puede expresarse por medio de la pintura, y que cuadra á este lienzo como anillo al dedo, aparte de eso, repito, la obra de Simonet es una maravilla de color, de ambiente y de sentimiento. Otros cuatro cuadros tienen grandes probabilidades de obtener las restantes medallas de oro, y si no me engaño son: el de Cutanda, *Una huelga de obreros en Vizcaya*, lienzo donde el pintor madrileño ha demostrado cómo se lucha y se vencen al cabo las dificultades que ofrece la paleta, y cómo la vida moderna tiene grandezas épicas, dignas de ser estudiadas por el artista. El de Sorolla, que representa el fondo de un vagón de tercera, donde va una joven vestida de negro, con esposas en la mano, y en el banco inmediato dos guardias civiles que la custodian. Es este un cuadro de un valor dramático inmenso, pintado con gran sobriedad, castizo de color, sencillísimo de composición; es, en fin, un lienzo que emociona hondamente. El de Nogales, que como el de Simonet pertenece al género místico-cristiano, pues el motivo en que se inspiró el pintor es el milagro de las rosas de Santa Casilda. Como pintado, recuerda la paleta de Muñoz Degrain, y con esto está hecho el elogio. El de Menéndez Pidal, *La cuna vacía*, que aun cuando el asunto no tiene gran novedad, la escena está muy bien dispuesta, y como nota de color y como factura tiene trozos que podría firmarlos Velázquez, á quien Pidal sorbió los sesos en fuerza de estudiarle. Otras dos medallas de oro creo yo que se darán además de éstas, pues asisten al certamen con grandes lienzos los maestros Ferrant y Amérigo. El primero pintó al *Cardenal Cisneros examinando las obras del hospital de Illescas*, de cuyo boceto me ocupé hace tiempo en estas mismas columnas; y el segundo recuerda una de las instituciones de la Edad media, *El derecho de asilo.*

Podré equivocarme en esta repartición de medallas de oro, pero presumo muy fundadamente que la equivocación no pasará de uno ó dos cuadros á lo sumo.

Nada he columbrado respecto de la adjudicación de las segundas medallas. Sin embargo, entre los cuadros que tienen probabilidades de obtener alguna pueden contarse *Boria avall* (del que me ocuparé en otra crónica) y *El entierro del piloto*, Bilbao, el autor de *La vuelta al hato*, exhibe varios cuadros pequeños; varios de ellos son preciosidades. Uno tiene por principales figuras dos vacas atadas á los postes de un emparrado. García y Ramos envió un cuadro pequeño también en donde hay varios tipos de sevillanas estereotipadas en el lienzo con la gracia con que el autor de *El rosario de la aurora* sabe estereotipar la gente de su tierra. Mélida manda desde París cuatro ó cinco lienzos con figuras á lo Vatteau, y Luis Jiménez exhibe varios cuadros del género bucólico, alguno muy bello. Cabrera, ó *Cabrerita*, como le llamábamos sus condiscípulos del estudio del malogrado maestro Plasencia, trajo á la Exposición un cuadro grande y otro pequeño. El grande se titula *¡Tierra!;* representa el acto de dársela á un cadáver en un cementerio de aldea. ¡Ay! No está el autor de *Huérfanos* á la altura – ni con mucho – en que se colocó con el lienzo citado en la Exposición de 1890.

Quiero terminar estos ligerísimos apuntes de la Exposición, dejando para la crónica próxima mencionar un buen número de cuadros dignos de apuntarse en estas páginas; pero no terminaré sin decir algo del gran lienzo que el infortunado Luna tiene aquí. Titúlase y representa *La violación de los sepulcros de los reyes de Francia.*

Hay decadencias en los artistas que reconocen como causa el agotamiento prematuro de la potencia intelectual por exceso de actividad, y hay decadencias también que obedecen á un desequilibrio fisiológico que puede producirse en muchas ocasiones por efecto de una perturbación puramente psíquica. En el primer caso, cuanto el artista cree estará exento de toda condición apreciable que haga tolerable la obra; en el segundo, puede esperarse que en tal ó cual rasgo, con tal ó cual motivo, aparezca, siquiera sea momentáneamente, la genialidad. En el segundo caso entiendo que se halla Luna pintando el cuadro en que me ocupo.

La entonación general del lienzo es azulada, quizá cambiando al violeta. Las carnes participan de esta tonalidad y lo mismo el ambiente – que lo tiene y muy grande. – El interior del templo donde la tremenda escena se desarrolla es gótico, y está iluminado por violenta luz que hiere de plano varias figuras, después de atravesar los cristales de colores de las vidrieras. Los actores de aquel repugnante espectáculo se agitan como impulsados por extraña locura. Con los pechos desnudos, los brazos en alto, desarropada y con un gorro rojo sobre la enmarañada cabellera, una mujer espantosa parece evocar las furias con sus ademanes de poseída. En primer término, varios hombres harapientos, pero membrudos hasta la brutalidad, tratan de levantar la tapa de un sepulcro de mármol, sobre el cual se ven dos estatuas yacentes. Más en segundo término míranse gentes del pueblo arramblando con las alhajas del templo, mientras otros pisotean restos de libros y vestiduras regias que en revuelto montón cubren el suelo de la profanada iglesia.

Este es, á grandes rasgos descrito, el cuadro de Luna.

Bien veo los grandes defectos de la obra. Bien veo cuán desentonado y extraño resulta el conjunto. Bien veo, en fin, la distancia que separa este lienzo del *Expoliarium;* pero adivínase al primer golpe de vista que el gigante puso allí la mano. Flota en toda la escena un no sé qué de imponente, de grande, de salvaje – permítaseme la palabra, – un espíritu trágico tan clara y terminantemente expresado, que impresiona de un modo cruel, dolorosamente, como si revelase el trastorno de la mente de un titán. Creo ver en este cuadro el postrer golpe de mandoble de Orlando moribundo.

R. BALSA DE LA VEGA

13 de Octubre de 1892



EL CIEGO DE MONTEAPERTO

I

Apenas acababa de recibir sepultura el viejo Antonio, cuando ya sus hijos empezaban á disputar para repartirse lo poco que había dejado, pues no querían seguir viviendo juntos.

En Monteaperto, donde vivían, habíanse sucedido varios años de malas cosechas; pero el viejo Antonio había ganado en el servicio militar una cruz pensionada, aunque con poca cantidad, y sus hijos continuaron unidos hasta aquel día porque en los años malos tenían siempre la ventaja de contar con la pensión, que era una renta segura; pero al morir el anciano había cesado ésta, y cada cual se proponía atender exclusivamente á sí propio.

Los dos más jóvenes eran solteros y tenían la intención de marchar á otra parte en busca de trabajo, aunque fuese á América, pues nada se lo estorbaba y podían disponer libremente de sus personas. Gigi y Checco estaban casados; el primero quería ir á reunirse con los parientes de su mujer, que vivían con cierta holgura y le habrían ayudado á buscar una colocación como colono en cualquier granja, pues no tenía la menor intención de vivir con Checco. Este se había casado con una mujer que no aportó al matrimonio más que la ropa que llevaba puesta, sin una pulsera de oro, ni una pieza de tela, y que por añadidura tenía tres hijas: de este enlace tuvo tres varones y una hembra, y todos estaban sanos y robustos y trabajaban por diez.

– Yo me quedaré solamente con la cocina y los dos cuartos de encima, y continuaré en casa, dijo Checco; y en tanto pensaba que de este modo lo mejor de la herencia lo disfrutaría él.

Pero los demás no eran de tal opinión, y si él se quedaba la mesa desvencijada, la artesa de amasar, las sillas cojas y las camas, los otros querían repartirse los objetos de metal que en junto eran tres cubos, dos calderos, un perol y media docena de cucharas.

La mujer de Gigi quería el caldero de la polenta, porque le tenía cierto cariño; su hija el cubo con el cual iba todos los días á buscar agua á la fuente, y por aquellas cuatro fruslerías gritaban, disputaban, se decían mil improperios y casi se tiraban de los pelos.

De pronto salió del rincón más obscuro de la cocina una voz que decía:

– Y yo ¿con quién me quedo?

Era el hermano mayor, el ciego de Monteaperto, como todos le llamaban, que había perdido la vista trabajando en las minas.

– ¡Ah! ¿Quién se queda con el ciego?, preguntó uno de los hermanos más jóvenes, y añadió: Como nosotros vamos á recorrer el mundo, no podemos llevar ese estorbo.

– Pues nosotros no queremos bocas inútiles, dijo la mujer de Gigi.

– ¿Deberé cargar con él yo que tengo tanta familia?, preguntó Checco. Que vaya á pedir limosna, puesto que no puede hacer otra cosa, y quizás le irá mejor que á nosotros.

Habían dicho todo esto en voz baja; pero como el ciego tenía el oído muy fino, no perdió una sílaba y de sus ojos apagados brotaron dos ardientes lágrimas.

– He trabajado mientras pude, dijo con voz que parecía un sollozo, y aún en más de una ocasión he ganado más que todos juntos; pero luego ocurrió aquel derrumbamiento que me privó de la vista y por mi desgracia no quedé muerto con mis demás compañeros.

– ¿Y qué culpa tenemos nosotros?, preguntó Gigi que empezaba á conmoverse.

– No nos quedemos con él, padre, le dijo su hija tirándole de la chaqueta. Tiene una cara que da tristeza.

– Pues que se quede con nosotros, dijo Lucía, la hija mayor de Checco.

Entretanto las mujeres seguían gritando y disputando por la herencia.

– Pues bien, dijo Checco; para acabar de una vez, me cuidaré del ciego, pero con la condición de que me lo dejéis todo; así no habrá cuestiones.

– Al menos dame el caldero de la polenta, decía la mujer de Gigi.

– ¡Mi perol!, exclamaba la hija.

– ¡Acabemos de una vez!, dijeron los jóvenes viendo que de todos modos á ellos no les tocaba nada; el que se quede con el ciego que se quede también con la herencia, y que los demás se contenten con repartirse la cosecha de este año.

Lo decidieron así, y después de ensacar un poco de maíz y algunas fanegas de castañas y de patatas, salieron de la casa paterna sin despedirse siquiera, aunque habían vivido juntos muchos años y era probable que no volvieran á verse.

II

El ciego no ocupaba mucho sitio en la casa: dormía en una cama, consistente en un jergón y una manta de lana, en la cocina, debajo de la escalera de las habitaciones superiores.

Contentábase con poca cosa para comer, porque, como no trabajaba, necesitaba poco alimento y además no quería ser gravoso á la familia; sin embargo, su cuñada decía de continuo á su marido que el ciego los arruinaba y que comía por diez, en términos que, para hacer callar á su mujer, Checco aconsejaba á veces á su hermano que pidiese limosna para ser útil de algún modo; pero el ciego, que tenía aún el orgullo del obrero que había ganado el pan con el sudor de su rostro, prefería morir de hambre á alargar la mano para mendigar. Si alguien, compadecido de su desventura, le ofrecía algún socorro, lo aceptaba de buen grado pensando en la pobreza de la familia, pero no quería pedir nada.

Mientras hubo niños en la casa había sido muy útil, porque en tanto que todos estaban trabajando en el campo, él mecía á los más pequeños, les cantaba canciones, los acariciaba, contaba cuentos á los otros; pero cuando crecieron y acompañaron al trabajo á sus padres, se consideró al ciego como un ser inútil y una carga para la familia.

Había oído á Lucía, que tenía mejor corazón que sus hermanas, hablar en su favor, y cuando la tenía cerca la cogía en brazos y no se cansaba de acariciarla pasando la descarnada mano por la rubicunda cara de la niña; pero ésta se le escapaba siempre que podía, pues aunque el pobre ciego le daba lástima, aquellas caricias, á que no estaba acostumbrada, le hacían poca gracia. Sin embargo, cuando vió que no se quejaba nunca y que pasaba el día entero en la obscuridad de su rincón, encogido por no molestar á nadie, le dijo:

– ¿Te gustaría salir al campo á tomar el aire?

– ¡Que si me gustaría! Muchísimo, contestó el ciego lanzando un suspiro.

Desde aquel día, Lucía, antes de ir á trabajar, le llevaba de la mano al aire libre, le sentaba á la sombra de un árbol y lo dejaba allí hasta la puesta del sol, cuando regresaba de sus faenas campestres.

De este modo comenzó una nueva vida para el ciego; ya no estaba solo y la naturaleza le hablaba un lenguaje nuevo y misterioso. Por las mañanas le extasiaban las aves con sus cantos, y decía que los entendía. «Ahora se están llamando, decía, charlan alegremente y están contentas porque presienten la primavera.» Decía luego que estaban muy ocupadas en la construcción de sus nidos, y para su mayor satisfacción hicieron precisamente uno en el árbol bajo el cual se cobijaba. Entonces fué conociendo las voces de los pequeñuelos, oía á los padres cuando iban á llevarles la comida, parecíale presenciar las lecciones de la madre cuando quería enseñarles á volar, y sentía las oscilaciones de las hojas bajo el peso de aquellos cuerpecillos que revoloteaban de rama en rama sobre su cabeza, y el día en que emprendieron el vuelo para no volver al nido, se creyó abandonado por sus queridísimos amigos.

Al mediodía se ponía á escuchar el zumbido de los insectos y quería entender también su lenguaje; luego se entretenía en adivinar la hora según que sentía más ó menos intenso el calor del sol, y por fin el sonido de las campanas y los cantos de los campesinos eran otras tantas alegrías para el pobre ciego.

Los transeuntes se detenían á hablar con él ó al menos le decían:

– Adiós, ciego; pide al Señor que nos dé buenas cosechas.

Y él por la voz conocía á la persona que le hablaba, y respondía á su saludo llamándola por su nombre.

Pero lo que constituía para él un verdadero consuelo era la visita de un niño que vivía en una quinta próxima, criatura débil y delicada á la que habían llevado á respirar el aire de Monteaperto por orden del médico.

Como pasara todos los días con la niñera por delante del ciego, empezó por preguntarle quién era, y muy pronto se hicieron buenos amigos. Divertían en gran manera al niño los cuentos que el ciego le contaba, y en recompensa le solía llevar buenos bocados y compartía con él los dulces que le regalaban. El ciego sentía el mayor gozo al acariciar la cabeza rubia y los rizados cabellos del niño, no cansándose nunca de tocarlo.

– ¿Qué haces?, le preguntaba el niño.

– Quiero verte para pensar en ti cuando te vayas.

– ¿Acaso tienes ojos en las manos?



... y echó á correr como un loco siguiendo el rastro de aquel perfume

– Casi, casi; no veo sino lo que toco.

Y el chicuelo hacía que el ciego le contara cómo había perdido la vista, y al oir su relato, que no era ya uno de los acostumbrados cuentos, le daban ganas de llorar.

Hermenegildo (así se llamaba el niño) tenía muy buen carácter; era de complexión endeble y enfermiza, y se compadecía de las enfermedades ajenas. Habíase encariñado mucho con aquel anciano que le contaba siempre historias maravillosas de príncipes y de hadas, y pensaba en él todo el día.

Las visitas de Hermenegildo habían llegado á ser un dulce consuelo para el pobre ciego, el cual contaba los minutos que tardaría en llegar la excelente criatura.

«Dentro de un rato estará aquí,» pensaba tan luego como oía dar las nueve en algún reloj lejano, y cuando escuchaba los pasos y la vocecita del niño le palpitaba con fuerza el corazón y una sonrisa iluminaba su rostro; al estrechar luego contra su seno aquel cuerpecito que casi se deslizaba entre sus manos, y al oir junto á sí aquella voz que le causaba el efecto de una música melodiosa, experimentaba tan ta alegría que hasta olvidaba la desgracia que le había sumido en una noche eterna.

Aquel niño era para él el sol, la luz, el mundo entero.

Este consuelo le hacía oir con más resignación los vituperios y quejas de la familia.

A veces se guardaba los dulces que Hermenegildo le regalaba para dárselos á Lucía; pero cuando los demás lo notaron, no le dejaron tranquilo un momento.

– No es menester darle ya polenta; tiene quien le traiga buenos bocados, le decían; y se lo comían todo sin cuidarse de darle nada.

A veces decían también:

– Está mejor que nosotros; no trabaja y come lo que los señores.

La cuñada suspiraba y estaba aburrida de ver siempre aquella cara impasible, y cuando iba á verla su compadre le decía que con aquella desgracia en casa se moría de tristeza.

– Quisiera saber para qué está en el mundo ese infeliz, contestaba el compadre apoyando sus quejas.

– Dios lo deja para castigo de nuestros pecados, al paso que se lleva al padre de familia que trabaja y se afana para mantenerla.

El ciego, con su oído fino, oía siempre estas conversaciones, por más que se sostuvieran á cierta distancia; pero se consolaba pensando en Hermenegildo y decía:

– El me proporciona las rosas cuyas espinas encuentro aquí. ¡Paciencia! En esta vida ha de haber rosas y espinas á la vez y hay que tomar las cosas como se presentan.

Luego preguntaba al niño si le creía un ser inútil en el mundo

– No, ciego mío, le contestaba; al contrario, eres muy útil porque me cuentas esos bonitos cuentos que tanto me gustan.

– Sí, pero no hago nada por mi familia y los de más trabajan.

El niño no comprendía bien lo que el ciego le quería decir, pero de sus suspiros deducía que en su casa no le querían.

– Cuando no te quieran en tu casa, le dijo, ven á vivir conmigo; así me contarás todo el día historias entretenidas.

El ciego, muy conmovido, le dió un beso.

Hay que agregar que, á pesar del descontento de la cuñada, la familia no carecía de lo necesario, antes bien lo pasaba mejor que otras muchas.

También es verdad que las tierras producían poco, pero las familias que allí acudían á veranear, y eran bastantes, dejaban al párroco antes de marcharse cantidades regulares de dinero para los pobres; además las señoritas más piadosas iban en persona á visitar los tugurios de los aldeanos, á quienes socorrían, y nunca se olvidaba á la familia del ciego.

– Saben que somos los más pobres de la parroquia y no nos abandonan, decía Checco.

– Sí, pero necesitaríamos más con tantos hijos y con ese ciego que nos comerá vivos, añadía la mujer que jamás estaba contenta.

– Si se te hiciera caso deberíamos abandonar á mi hermano en medio de un camino.

– ¿Y qué han hecho tus hermanos? Todos se han lavado las manos y nos han dejado ese estorbo á nosotros que somos los más pobres.

– Sí, pero también nos han dejado la herencia.

– ¡Brava cosa! Cuatro guiñapos que no valen veinte liras.

– ¡Basta ya!, respondía Checco, y se iba al campo por no oir las majaderías de su mujer que cuando empezaba no acababa nunca.

III

Hallábase el ciego un día en su sitio de costumbre pensando en el nuevo cuento que debía contar á Hermenegildo; pero dieron las nueve, las diez, las doce, y el niño no parecía.

El ciego empezó á alarmarse y preguntó por él á los transeuntes, pero nadie sabía nada. Supuso que habría marchado á la ciudad, pero le parecía imposible que lo hubiera hecho sin despedirse de él; esperó la acostumbrada visita de la tarde, se puso el sol, llegó la noche, y el niño no vino.

Al día siguiente esperó también en vano la llegada de Hermenegildo. Por último, al anochecer envió á Lucía á la quinta para saber algo, pues no podía vivir en semejante incertidumbre.

– El niño está enfermo, fué la respuesta que le trajo Lucía.

Al otro día el ciego no se cuidó del canto de los pájaros, ni del zumbido de los insectos, ni de los sonidos de las campanas, sino que arrodillado y con la cabeza levantada al cielo estuvo rezando por la salud de su amigo.

Pasaron muchos días sin que pudiera saber nada de él.

– Se curará, pensaba; no es posible que muera; es tan despejado y tan joven...; se curará sin duda.

Y entretanto, pensando siempre en el enfermito, apenas comía y tenía un nudo en la garganta.

Una mañana oyó insólito rumor de pasos que subían por la montaña.

– Parece una procesión, pensó.

Luego oyó una cantinela nada alegre y las campanas que tocaban de cierto modo, pareciéndole que cada campanada resonaba en sus entrañas.

– Es ilusión mía, decía; no es nadie; son los cam pesinos.

Pero los pasos se acercaban más y más y el canto llegaba más distinto á sus oídos.

No pudo ya contenerse y dió algunos pasos tropezando hacia el sitio de donde procedía aquel rumor.

– ¿Qué es eso?, gritaba alargando las manos.

– Mira el ciego de Monteaperto cómo da vueltas solo, dijeron algunos labriegos que acertaron á pasar.

– ¿Qué es?, volvió á preguntar el ciego. ¿Qué significa ese rumor, esa gente?

– Es un entierro, le contestaron.

– ¿Quién ha muerto?, preguntó el ciego con voz apagada.

– Un niño, repusieron con indiferencia los campesinos; el niño de esa señora que vive allá abajo en la quinta Rosa.

El ciego se puso lívido.

– No te apesadumbres tanto, porque ha subido al cielo y está mejor que nosotros, dijeron, y siguieron cantando su camino.

El ciego se quedó inmóvil al borde del camino, con la cabeza vuelta hacia donde oía los cantos.

Estuvo sin respirar hasta que la comitiva se acercó y pasó por delante de él De pronto percibió un penetrante olor de flores frescas; comprendió que había pasado el féretro, se estremeció y echó á correr como un loco siguiendo el rastro de aquel perfume. No se acordaba de que estaba ciego, no pensaba que los senderos eran angostos y todos en las escarpaduras del monte flanqueado de precipicios; de nada se acordaba, y sí únicamente de su Hermenegildo, de su solo consuelo, que ya no estaba en este mundo; y andaba, corría, quería seguirlo, alcanzarlo para saber dónde lo enterrarían En una revuelta del sendero le faltó pie, se agarró á la rama saliente de un árbol, la rama no pudo sostener su peso, se desgajó, y el pobre ciego cayó en el vacío rebotando en las peñas.

Algo más tarde algunos aldeanos llevaron su cadáver á su casa.

– Un infeliz menos, dijo la cuñada.

– Está mejor que nosotros, añadió el hermano.

Lucía no dijo nada, pero no se encontraba bien, seguía atizando el fuego que hacía humo, y descuidaba el preparar la cena porque no tenía hambre; pero sus hermanas le dijeron que la muerte del ciego no era una razón para ayunar, que se acordase de que era inútil en el mundo, y se sentaron á la mesa con el mejor apetito.

. . . .

Enterróse al ciego como un perro, porque su hermano no quiso gastar nada en funerales ni sepultura y lo olvidarían muy pronto.

Pero cuando llegó la estación en que estaban acostumbrados á recibir limosna del cura, no percibieron nada; reclamaron y el cura les contestó que les daba la limosna á causa del ciego, que ellos no la necesitaban porque podían trabajar; las piadosas señoritas que visitaban á los pobres pasaron también por delante de su casa sin entrar porque ya no estaba en ella el ciego; iban á ver á los enfermos y valetudinarios cuyas necesidades eran más apremiantes, de suerte que Checco y su familia llegaron á veces á padecer hambre y jamás se habían visto en tanta miseria.

Entonces hubieran querido resucitar al ciego, y empezaban á llorarlo de veras.

– Hay que confesar que nadie hay inútil en este mundo, decía Checco.

Y su mujer, llorando, hablaba con su compadre de los buenos años pasados cuando vivía el pobre ciego y en la casa no se carecía de nada.

Las hijas más jóvenes estaban siempre de mal humor porque tenían que trabajar más y comían peor que antes. En cambio Lucía estaba tranquila y sonriente porque no tenía remordimientos, y decía que veía siempre en sueños al ciego, el cual estaba contento de hallarse en compañía de Hermenegildo, la única persona que en este mundo le quiso con verdadero cariño.



Traducido por M. Aranda

SECCIÓN AMERICANA

LA GARZA PORTEÑA

(Continuación)

Respetaba las jóvenes democracias, las admiraba, hubiera querido ser hijo de una república, pero los compromisos de familia, las tradiciones y las ideas de su buen padre, que al morir le había hecho jurar por su honor y por sus blasones no aceptar jamás las nuevas leyes de la Francia, eran otras tantas ligaduras que al pasado rancio ó no rancio le tenían sujeto. Así lo decía.

El Sr. Alonso miraba embobado á su huésped; pues ¿y *Misia* Castulita? *Misia* Castulita estaba en sus glorias: ¡cómo se lucían, ante un hombre emparentado con reyes, sus sirvientes severos y tiesos, empaquetados en el frac y con las manos enfundadas en los guantes de algodón! El extranjero no decía nada: hubiera sido de mal gusto prodigar alabanzas, pero seguramente quedaría admirado del servicio ordinario de su casa: porque claro, bien sabía el conde que nada extraordinario se había preparado.

El pobre Pepe sufría horriblemente. Lelia no estaba á su lado en la mesa, estaba entre el conde y el papá de las niñas, y lo que era peor, en toda la comida no se había dignado mirarle. ¡Qué de buena gana hubiera pretextado una enfermedad para marcharse! Pero esto hubiera sido dejarlos en libertad, y prefería morir allí de rabia y de angustia antes que llevar la duda de lo que haría Lelia en su ausencia. Hablaba el conde muy poco en castellano, pero se servía de él para que el Sr. Alonso lo entendiese, pues era de los presentes el único que no conocía el francés.

Contó sus percances de viaje sin dar importancia á la pérdida de su equipaje, ya que había salvado los pasaportes y algunas cartas de familia.

¡Pero la poca precaución!. En los momentos de apuro no había recordado cartas órdenes que traía para algunos banqueros, y le era forzoso girar sobre el suyo de Bruselas ó aguardar que le repitiesen las órdenes.

– No soy rico, añadió modestamente; no crean ustedes que puedo derrochar, ni siquiera satisfacer todos mis caprichos: en mi casa sobran papeles apolillados, pero faltan billetes de banco: la santa causa, como decía mi buen padre, ha sido para mi herencia una causa endiablada: en fin, si me había de gastar en Europa mi pequeña renta del año, prefiero gastar la de dos en el mismo tiempo, recorriendo el Nuevo Mundo por el cual tengo vivísimas simpatías.

El Sr. Alonso se ofreció para todo; ¡pues no faltaba



CONTRARIEDAD, cuadro de D. Francisco Masriera

más! Tenía él un corresponsal en Bruselas, y le descontaría cuanto le diese la gana: ¡oh! y le prohibía molestarse buscando otro banquero que hiciese la operación: era un deber de hospitalidad.

El conde habló largamente de su parentela, de sus antepasados, asegurando siempre que, aunque les rendía culto por lo que suponían en la historia de Francia, no estaba orgulloso de sus pergaminos, y de tal manera llevó la conversación, que todos, menos Flores, al cual fué repulsivo desde el primer instante, quedaron convencidos de que era un noble de abolengo, hastiado de la etiqueta palaciega, que ansiaba respirar por algún tiempo las auras refrigerantes de la democracia.

La velada se pasó en un soplo para Lelia y sus padres: la *Garza* había charlado mucho en francés con el conde, y éste le había dicho que lo hablaba como la más aristocrática señorita de *faubourg* Saint Germain.

Cuando los Sres. de Alonso se quedaron solos convinieron en que el conde era todo un conde; pero ninguno, aunque los tres pensaban lo mismo, aventuró la presunción de que Lelia fuese condesa.

Cuando Pepe Flores llegó á su casa no fué como de costumbre á dar un beso á su madre: se encerró en su despacho y se arrojó desesperado sobre un sillón. Aquel espíritu fuerte, aquel joven de valor probado, aquel padre de la patria, pues que era diputado con gran contentamiento de sus electores, lloró como un niño enfermo sin avergonzarse de su debilidad.

Un hombre que estaba en camino de alcanzar por merecimientos propios los más altos puestos de la República, el que había apostrofado en el Parlamento á ministros inmorales, y que con la espada mantuviera sus apóstrofes, el honrado, el probo, el generoso Pepe Flores, orgullo de la patria argentina y ornato de una generación que tan opimos frutos prometía, lloraba en silencio exprimiendo la hiel que en algunas horas de martirio se había extravasado por sus entrañas.

Amanecía cuando Pepe Flores se levantó del sillón: necesitaba reposo: aquel día era el señalado para una interpelación al ministro de Hacienda, tendría que pronunciar un discurso de tonos subidos; debía informar también ante la *Corte Suprema* en un pleito que suponía algunos millones para uno de sus clientes, y no se pertenecía; hablaría después al presidente de la República; le diría que aceptaba la misión diplomática en Europa, y el presidente se alegraría infinito para quitarle de encima: ¡como que era la pesadilla de los malos ministros!

Flores hizo, pues, un esfuerzo sobre sí: pasó á su cuarto, y se acostó.

A las nueve de la mañana acababa de bañarse cuando entró á saludar á su madre.

Algo había borrado el baño las huellas del insomnio, pero una madre adivina con la primera mirada los trastornos físicos ó morales de sus hijos.

Pepe no pudo negar lo que había pasado en Belgrano.

—Hijo mío, dijo la viuda de Flores, cúrate de esa pasión: Lelia no te quiere, y te sacrificará al primer hombre que ella crea que la puede elevar sobre las demás.

—La veré esta tarde; tendré con ella una explicación, y la obligaré á cumplirme su palabra: por mandato suyo aceptaré hoy mismo la misión diplomática que el gobierno deseaba confiarme, y si después de aceptada me pone Lelia en ridículo... ¡No, no, madre mía, no lo crea usted; Lelia me quiere!

Cuando Pepe Flores llegó aquella tarde á Belgrano estaban ya en la mesa los Sres. de Alonso. Antes de entrar en el comedor oyó carcajadas frescas y sonoras que repercutieron en su corazón como pudiera repercutir el ¡ay! de dolor lanzado por idolatrada criatura. ¿Estaría allí el odiado conde?

Pronto se convenció de que no había pensado mal. Al penetrar en la iluminada estancia su primera mirada fué para Lelia, y no se le ocultó la contrariedad que al verle experimentaba. Aquellas cejas casi unidas y poco arqueadas, que formaban una línea recta y hoscosa cuando un desabrimiento las plegaba, eran barómetro infalible que anunciaba interiores tempestades en aquel pecho provocador y altanero con sus turgencias incitantes.

Flores saludó á todos en general, sin particularizarse con nadie mas que con *Misia* Cástula, á la cual preguntó por su salud sin acercarse.

—Venga para acá, venga para acá, dijo el señor Alonso con su bonachonería; he sabido esta tarde en Buenos Aires que se ha lucido usted en la *Corte Suprema:* todo el mundo da por ganados los millones de Calvo, y á última hora, cuando ya me venía, dijéronme que acaba de armar usted una mayúscula escandalera en la cámara. ¡Muchachos diablos, hombre, muchachos diablos! Bien hecho, *mi hijito*, bien hecho; ese empréstito que proyecta el ministro de Hacienda será ruinoso para el *país*, y si los hombres de buena fe, si los diputados de corazón y de empuje no se oponen á su realización, acabará este gobierno por *fregarnos* (fastidiarnos). Conque hoy hemos tenido buen día, *¿no?* Estábamos de vena, como dicen en mi tierra.

—Sí, señor, de vena, respondió Pepe Flores sonriendo con amargura.

EVA CANEL

(Continuará)



LA ANTIGUA ESCULTURA POLÍCROMA. — Diosa arrojando un vaso
Fragmento de un relieve del altar mayor de Pérgamo (Véase el artículo)

RINCONES DE GRANADA

Los pueblos, como la historia, tienen sus *migajas* no menos interesantes que las de aquel estudio, pero más variadas, puesto que alcanzan en su aspecto y en sus investigaciones desde la línea que se destaca firme y acentuada con vigor, hasta la que parece esfuminarse en términos indecisos.

Del festín de las indagaciones científicas subsisten siempre numerosos restos en los que no paró mientes el filósofo, acaso por desdén injusto, ni merecieron ocupar el espíritu del erudito que mira con indiferencia lo que aparece ante los ojos de cualquiera y, merced á esta circunstancia, no reviste el mérito que imprimen las telarañas y el polvo de los archivos, donde el hombre paciente solicita insaciable, en unión de los ratones, datos á las veces fríos, que ni un ápice añaden á lo sabido y olvidado.

Las ciudades de recuerdos, de prestigio, de tradiciones; las que, como Granada, tienen fisonomía propia, no pierden en la búsqueda de documentos encaminados á reconstruir su vida de ayer. En pos de esa obra subsiste lo pintoresco, lo poético, lo que da tono; subsiste la fotografía de lo humilde; pero lo humilde es, en este caso, una sucesión de nonadas, de insignificancias, de detalles que, eslabonados, prestan mayor luz que todos los libros de alto vuelo.

Los siglos hacen su camino, cumplen su obra de destrucción, y si es un deber conservar en páginas impresas lo relativo á lo grande, del propio modo importa proceder con lo pequeño, porque ambos factores unidos dan un conjunto armónico y permiten conocer lo que el documento de valía no apunta ni reseña.

Granada tiene *rincones* que nunca lograron la honra de figurar en libros ó libretes y, sin embargo, prestan un servicio á quienes desean conocer lo que el convencionalismo llama *sabor local*, y si pudiéramos individualizar á Granada, diríamos: lo que figura en su *cédula personal* en concepto de *señas particulares*.

Calculad ahora si merece la pena la labor de dar á conocer esos *rincones*, ya sea un callejón solitario, una casa vetusta que se desmorona, un fragmento, de paisaje en escondida plazuela; mucho y poco; lo triste, lo regocijado, lo sombrío, lo luminoso.

***

La elección es dudosa en esto de hablar de *rincones*, y de seguro reclamaría mucho espacio la mención de todos ellos; mas dado el asunto, podemos, sin incurrir en yerros, escoger al azar algo de lo culminante, á saber: el Albaicín y la Carrera de Darro.

¡El Albaicín! Lo estimamos una petrificación de multitud de efemérides granadinas, que no ha logrado desgastar la acción de los siglos.

Casi lo rodea una muralla, en otros tiempos útil defensa y hoy sarcasmo en orden á bélicos alardes. Alterna con las casas y con los huertos y ocupa grandes superficies. Sigue en sus ondulaciones las vertientes de los cerros; es adusta y está ennegrecida y mutilada con dureza; pero el espesor de la fábrica y los torreones salientes que cortan de trecho en trecho la línea de las fortificaciones, manifiestan la solidez y la resistencia. De distancia la muralla desaparece; mas fijando la atención en el dibujo que debe afectar, es fácil encontrarla.

Forma parte de las modernas construcciones urbanas; sirve de base á humildes casas, de resguardo á risueños cármenes, y hasta permite que en su recinto se exhiban glorietas y galerías de flores y enredaderas.

El Albaicín es un pueblo diferente de la ciudad que se dilata á sus pies. Aquellos aljibes, aquellas encrucijadas, son privativos (en cierto modo) de ese barrio. Sus templos saturados de historia, impregnados en el gusto árabe, corresponden á otra época y otra raza.

En la portada de la iglesia de Santa Isabel la Real alternan con caprichosos dibujos del estilo gótico los azulejos que son ornamento de las mezquitas. En la iglesia de San Bartolomé sorprende el gracioso ajimez de la torre, y junto á una vivienda que trae á la memoria los patios de Generalife, encontramos una puerta almenada, y bajo ésta un lienzo representando la Virgen entre San Juan y San Antonio.

La plaza Larga tiene acceso, en un lado, por una notable puerta árabe; y una lápida colocada en la pared contigua dice en una inscripción que se hicieron la plaza, matadero, carnicería y lavadero en 1576, siendo corregidor de la ciudad y general de la Costa el comendador de Santiago Arévalo de Cuagor.

Sirve de coronación al Albaicín la ermita de San Miguel, y no hay duda que con relación á la idea mística y como expresión de la verdad, ningún otro signo se adapta mejor á un barrio que el retiro en el que el alma, á sus solas, se eleva á la contemplación, viendo abajo, hasta perderse en la llanura donde arranca la Vega, la ciudad con el bullicio y el oropel de las vanidades.

El pensamiento se aparta de la población, sube, sube y al cabo encuentra la ermita y á su lado un santuario de reciente construcción.

Por encima, nada material; ni arboleda, ni montañas. Las nubes y el cielo.

***

La Carrera de Darro pide, no menos que el Albaicín, la atención; y ciertamente con legítimo fundamento.



LA ANTIGUA ESCULTURA POLÍCROMA. – Estatua de Artemisa descubierta en Pompeya (Veáse el artículo)

Muchos son los restos fehacientes del que pudiéramos llamar el espíritu de antaño subsistentes en España, y pocos, de seguro, los que como en esta porción de Granada se envuelven con la aureola de lo original y extraño.

El objetivo sobre el cual gira el conjunto es la *calle*, considerándola centro y unidad de donde arrancan, á la manera de radios de una circunferencia, impresiones múltiples destinadas á satisfacer un fin moral, la realización de lo bello.

La calle de configuración moderna, tirada á cordel, de edificios regulares, tiene mucho de rígido y matemático. Denuncia el cálculo, la fórmula numérica, la combinación geométrica, glacial y desprovista de poesía; la idea del negocio, con su resultante de utilidad, simbolizada en el tanto por ciento.

En la práctica de la vida, en el realismo que se impone á los actos de la humanidad, esa calle tiene una representación y ocupa un lugar de importancia para la estadística, para el padrón municipal, para los capitales de los ciudadanos.

Todo ello es perfectamente lógico; pero, en cambio, nada significa en presencia del sentimiento. La vía pública, en cuestión, no inspira, no conmueve, no eleva el pensamiento á esas deliciosas divagaciones que son la savia purísima del alma.

Por contra, la calle tortuosa, desigual, solitaria, de casas que pugnan con las prescripciones de la policía urbana, pródiga en hierba que brota impune entre las piedras del pavimento, esa calle es una expresión de la belleza, como lo serán siempre la mutilada Venus de Milo y los fragmentos arquitectónicos de la campiña romana.

***

El convento de monjas de la Concepción está erigido en la placeta de este nombre, y á su espalda se extiende la calle de San Juan de los Reyes, sinuosa y pendiente.

De vez en cuando, por los rompimientos que ocasionan las bocacalles, vese el frontero monte de la Alhambra, asiento firmísimo de todo aquel mundo filigranado de torres y murallas que emergen de los copudos almendros y de los altísimos álamos de la áspera vertiente bañada por el río Darro.

Desde la placeta de la Concepción el panorama es igual al que señalo; panorama que contrasta con la melancolía de aquel sitio, único donde la vista encuentra mayor horizonte, en contraposición con la callejuela abierta entre el sombrío muro del convento de Santa Inés y unos pocos edificios de remota fecha.

He dicho que la calle de San Juan de los Reyes se dilata á espaldas del convento de la Concepción, y añadiré que por encima de la placeta de este título hay un molino, fácil de reconocer siquiera porque sus piedras se apoyan en la fachada.

Más adelante, á uno y otro lado de la calle, cortan ésta muchas transversales, de modo que aquélla es el eje de todas. Las unas trepan hacia el Albaicín, y las otras bajan ó, más propiamente, se precipitan á la Carrera de Darro con ornamento de huertecillos, construcciones de muros pintarrajeados en medallones de pésimo gusto.

La iglesia de San Juan de los Reyes nada ofrece, en apariencia, que sea sorprendente. Una portada sencilla, con líneas góticas, y un interior de retablos que imitan aquel orden arquitectónico: he aquí todo.

Anchos portalones de labrada piedra y escudos heráldicos pregonan que en estas vías públicas habitaron personajes de elevada alcurnia. Hoy la modestia ocupa el puesto de los opulentos alardes.

Muchas viviendas son humildes marcos de obras artísticas, y esto advertimos al sorprender umbrales de madera tallada y zaguanes con techos de valiosos artesonados. Y es que en Granada las creaciones del genio, como las flores, abundan de tal suerte que se nos presentan dondequiera. Diríase que los restos de pasados siglos protestan del abandono y del olvido en que yacen, y con la elocuencia muda de su mérito solicitan una mirada de admiración, una frase de aplauso.

Sin embargo, los preceptistas escrupulosos que dan preferencia á lo convencional con lesión del libre vuelo imaginativo, calificarán acaso mis apreciaciones de contrarias al concepto del arte.

¡El concepto del arte! ¡Cuánto se ha hablado del asunto! Diríase que es un problema insoluble, pero á mi juicio es simplemente una *impresión*.

Depende de las aficiones, de la percepción intelectual, y á la manera que los gustos se divide y subdivide, afectando, sin repeler el esencial objetivo (el mencionado concepto), expresiones distintas, conforme á la mayor ó menor sensibilidad de cada persona.

Al fin de la calle de la Concepción (hemos retrocedido en nuestro paseo), y cerca del ángulo que forma con la de Zafra, hay una fachada y en ésta la leyenda: *Carmen de San Cayetano*.

El oasis en este desierto de la ciudad permanece recatado de las miradas. Ni un árbol ni una flor acusan al exterior la existencia del jardín, y hasta parece que por mutuo acuerdo los pájaros guardan silencio.

La fachada posterior del convento de Zafra (la principal da á la Carrera de Darro) corresponde á la calle de la Concepción y exhibe sobre el hueco tapiado de una puerta dos recuadros árabes de finísimo dibujo.

Desgraciadamente, la cal, pasando sobre la primorosa labor, ha borrado los colores y sólo se percibe en monotonía vulgar el blanco mate.

***

Respírase en estas calles de Zafra y de la Concepción algo de romanticismo, no impurificado por la visión prosaica del transeunte ni de la vecina asomada al balcón ó á la reja.

El dejo misterioso, inexplicable de lo antiguo percíbese allí de modo tenaz, y con él la remembranza del pasado, mitad histórico, mitad legendario; es decir, que sin esfuerzo y sin violencia rehacemos la crónica, la tradición, y á la postre desciframos la expresión de esas calles que de tal modo impresionan.

Son grandezas decaídas, y sus casucas destartaladas y las puertecillas de las sacristías de los conventos traen recuerdos de otros días, y con los recuerdos vienen súbito á las mientes comparaciones tristes...

Experimentamos el mismo respeto que inspira á toda conciencia honrada la desgracia.

El raudal del Darro, que al pie de la iglesia de San Pedro corre por entre pulimentados bloques, levanta constante rumor que de tiempo en tiempo se confunde con los ecos de los vecinos conventos antes nombrados, así como con los de los Angeles y San Bernardo.

Los tejados de color terroso con vetas ó manchas verdes coronan los grupos caprichosos de las casas, que se escalonan á semejanza de las que constituyen los *nacimientos* infantiles.

No se les concede significación, y sin embargo, son excelentes elementos de composición cuando la luna hace que se recorten sus siluetas, destacadas del fondo de la atmósfera límpida y serena.

***

Los contrastes no tardan en mostrarnos su verdad, y los encontramos en la orilla izquierda del río, frente á la Carrera de Darro.

Se trata de cármenes sin importancia, pero amenos, que tienen por linde la margen aludida y representan la prolongación de las calles encaramadas en ese lado; y aunque no prescindamos del pensamiento primordial de la excursión, es fuerza reconocer que los contrastes aludidos son una necesidad.

Impresionan de diverso modo y en muchas ocasiones evocan el dolor; pero esta última circunstancia no les quita su carácter peculiar.

La vida despojada de ese *claroscuro* carecería de atractivos...

¡Lástima grande que éstos se conquisten á costa de la felicidad!

AUGUSTO JEREZ PERCHET

LA ANTIGUA ESCULTURA POLÍCROMA

Cuando en los albores del Renacimiento despertóse el gusto por el arte clásico, nació en los artistas el deseo de imitar á los antiguos así en sus principios como en sus procedimientos, y aquella pléyade de escultores que en aquella época florecieron, especialmente en Italia, y que llevaron el arte de la estatuaria á su apogeo, imaginando que los griegos y los romanos dejaban el mármol en su natural blancura, iniciaron esta práctica en sus propias obras y de este modo desapareció la costumbre de pintar las estatuas.

Los escultores de nuestros días siguen las huellas que aquéllos les trazaron, y si bien comienzan á notarse en algunos casos ciertas tendencias á abandonar el blanco convencional y se advierten ciertas tentativas que, como la de comunicar al mármol por medio de un baño la pátina del tiempo y la de sugerir mediante ciertos tintes pálidos y transparentes la idea del color, revelan algo así como la lucha entre el convencionalismo adoptado y el deseo del artista de apelar á todos los recursos para que su obra exprese su pensamiento completo y lo traduzca á la realidad con los matices y detalles necesarios, esas tendencias y esas tentativas no son sino hechos aislados que no han podido vencer á la tradición.

Pero ¿es cierto que los clásicos griegos y romanos no pintaron sus estatuas?

Cuestión es esta que ha sido largo tiempo debatida y á la que recientes descubrimientos permiten contestar en términos afirmativos absolutos.



Cabeza de Perithoos. Fragmento del frontón del templo de Ceo, en Olimpia

Que los escultores griegos anteriores al siglo de Pericles pintaban muchas de sus esculturas, es desde muy antiguo verdad por todos admitida; pero



DESPUÉS DEL TRABAJO, cuadro de D. Juan Brull



HACIA EL OCASO, cuadro de D. Luis Graner

hasta hace poco teníase como principio indiscutible que, á partir de los tiempos de Fidias, la pintura había quedado proscripta del taller del estatuario, el cual no necesitaba colorar sus estatuas para imprimir en ellas el sello de lo ideal, y á los que tal opinaban no bastaba á sacarles de su error la multitud de ejemplos que se les citaba de obras escultóricas en las cuales se advertían restos de la pintura que en su origen las adornara.

Fué necesario que las excavaciones practicadas en 1883 en el Partenón y en 1885 en los Propíleos pusieran al descubierto multitud de estatuas de aquella época, polícromas y labradas con el grandioso carácter de la *Artemisa* descubierta en Pompeya y hoy existente en el Museo de Nápoles, para que la verdad se abriera paso, quedando de esta suerte demostrada de una manera concluyente é incontrovertible la teoría de la estatuaria griega pintada.

Muchísimos son los descubrimientos posteriormente hechos que confirman esta demostración, entre ellos los dos que reproducimos, á saber, una cabeza del frontón occidental del templo de Ceo, en Olimpia, y el relieve del altar mayor del templo de Pérgamo que representa á una diosa arrojando un vaso: la cara de la primera conserva todavía cierto tinte rojizo y los labios un color más pronunciado; por otra parte, el cabello no está indicado ni siquiera por una línea como si el escultor reservara al pintor la tarea de marcar la cabellera. En cuanto al relieve, que actualmente se conserva en el Museo de Berlín, aunque no se descubren en él vestigios de color, circunstancia que no debe extrañarnos teniendo en cuenta que, como otras muchas, esta obra artística pudo ser utilizada en edades bárbaras posteriores para la construcción de murallas, hay en los ropajes de las figuras ciertas estrías que por su disposición no pueden ser tomadas como pliegues, pues ni están en los sitios que en tal caso debían ocupar ni siguen las líneas naturales de aquéllos, y que son sin duda las orlas ó bordados que con el color se representaban.

En una notable revista norte-americana, el sabio arqueólogo Eduardo Robinson ha estudiado recientemente de una manera muy profunda esta cuestión, y apoyándose en textos de antiguos autores griegos y latinos como Platón, Vitruvio, Plutarco y Plinio, en las opiniones de arqueólogos y artistas tan eminentes como Lanciani, Winkelmann, Quatremere de Quincy, Kugler, Treu, Russel Sturgis, Newton, Alma Tadema y Millet, y sobre todo en sus propias investigaciones en Grecia, en Italia y en los principales museos de Europa, afirma que está plenamente convencido:

1.° De que desde los comienzos y durante las épocas del desarrollo y apogeo de su arte escultórico, los griegos y después de ellos los romanos solían pintar sus estatuas y relieves de mármol;

2.° De que esta aplicación del color no se limitaba á ciertos detalles, sino que cubría toda la superficie del mármol, así los desnudos como las telas, exceptuando tal vez las partes en que el color natural del mármol servía para los efectos que se quería representar;

3.° De que los colores empleados eran no sólo las tintas, sino también los colores consistentes, pues el propósito del artista era imitar á la naturaleza en punto al color del mismo modo que la escultura la imitaba en la forma, es decir, con una idealización ó generalización convencionales por las que se evitaban las líneas y formas de realismo poco estético. – X.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – Bruneau, el autor de la ópera *Le Reve*, está trabajando con Gallet y Zola en una nueva, cuyo argumento estará tomado de la novela del último, titulada *L'attaque au moulin*.

– Se ha inaugurado en el cementerio municipal de Bruselas un hermoso monumento dedicado al que fué ministro de Estado belga, Carlos Rogier. Debajo de un baldaquino de granito está la estatua yacente envuelta en un sudario, y junto al sepulcro una figura de bronce que representa á Bélgica llorando. Las facciones de Rogier están magistralmente idealizadas en la escultura y las líneas de su cuerpo son de clásica belleza. El monumento es obra del célebre escultor Rudder.

– En Roma se ha erigido una bellísima estatua de bronce al eminente político Quintino Sella, obra del famoso escultor Héctor Ferrari.

– En Budapest se ha abierto un concurso para el monumento que ha de erigirse á la memoria del conde de Andrassy.

– Un ingeniero de Zurich ofrece á la ciudad de Lucerna restaurar el célebre monumento del león y hacerlo para lo sucesivo indestructible á la acción de los fenómenos atmosféricos: el invento del citado ingeniero consiste en una especie de embalsamamiento de la piedra, procedimiento que se ha aplicado ya á una porción de monumentos existentes en algunas grandes capitales, como, por ejemplo, los obeliscos egipcios de París y Londres.

– La comisión artística encargada de la restauración de la catedral de Worms ha resuelto que los trabajos comiencen por el coro del lado occidental. Gracias á la energía del comité se efectuarán con suma rapidez las obras que han de evitar la ruina de esa perla del arte arquitectónico románico.

– En la fachada del nuevo Palacio Federal de Berna, hermoso edificio de estilo florentino cuya construcción ha costado dos millones y medio de pesetas y que es uno de los más importantes de Suiza, se han colocado tres bellísimos relieves en mármol de Carrara: uno de ellos, obra del escultor ginebrino Ignel, representa *La defensa de la patria*, y los otros dos, procedentes del taller del escultor suizo Lanz, simbolizan la Agricultura y la Industria.

– En Budapest se está instalando un panorama colosal del celebrado pintor húngaro Arpad Feszty que representa la entrada de los magiares en el valle de Munkacz y su primera lucha con el príncipe Laborcz. La longitud del lienzo es de 120 metros y la altura de 15, y la tela sola cuesta 17.500 pesetas. El panorama estará instalado de modo que el espectador situado en una galería giratoria verá desfilar ante sus ojos las figuras de tamaño natural, la extensa llanura, el valle y el río y en suma todo el espectáculo trazado por el artista y que constituye uno de los más trascendentales episodios de la historia de Hungría.

– El paisajista Eugenio Kampf, de Dusseldorf, ha recibido del príncipe heredero de Hohenzollern el encargo de pintar un gran cuadro que reproduzca el castillo de este nombre, para regalarlo como presente de boda al príncipe Fernando de Rumanía.

Teatros. – Con ocasión de las fiestas conmemorativas del cuarto centenario del descubrimiento de América se ha puesto en escena en Génova una ópera en cinco actos, titulada *Cristóbal Colón*, del maestro Franchetti, designado hace tres años por Verdi como uno de los pocos dignos de componer la partitura para esta obra obligada en los festejos recientemente celebrados. Los actos primero, segundo y quinto, que representan respectivamente la marcha de Colón, el viaje en alta mar y la muerte del gran descubridor, han sido calificados de magistralmente compuestos, y el tercero y cuarto, que se desarrollan en las tierras descubiertas, contienen también números bellísimos, aunque en conjunto no ofrezcan tanto interés como los otros. La ópera ha sido puesta en escena con gran lujo y ha obtenido un éxito brillante.

– En el Teatro Antiguo de Leipzig se ha estrenado con mucho éxito una pieza en un acto de Guillermo Wolff, titulada *¡A Madrid!*

– Tres novedades pusiéronse hace poco en escena en una misma noche en el teatro de la Opera de Berlín: una ópera en un acto de Alejandro Ritter, titulada *¿A quién la corona?*, la ópera en un acto de Bizet *Djamileh*, y un baile titulado *Noviazgo eslavo*, compuesto por Emilio Graeb, con música de Hertel. Las tres obras fueron muy bien acogidas, especialmente la del malogrado maestro francés.

– En el teatro de la plaza de Alejandro, de Berlín, se ha estrenado una opereta titulada *El amor ante el tribunal:* la letra, de Gilbert, es muy graciosa, y la música, de Sullivan, en extremo agradable.

París. – Se han estrenado con buen éxito:

En el teatro Dujazet, una comedia en tres actos titulada *Instantanés*, de Maurens y Carlos Rousseau, obra alegre en que abundan las situaciones cómicas; en el Odeón, *Mariage d'hier*, comedia en cuatro actos y en prosa, primera producción dramática de M. Víctor Jannet, interesante por su argumento, que se basa en la tan discutida cuestión del divorcio, y con escenas de primer orden unas, y otras algo defectuosas que revelan la inexperiencia del autor; y en Nouveautés, el vaudeville *La bonne de chez Duval*, letra de MM. Raymond y Mars y música de Serpette.

Londres. – El Covent Garden ha inaugurado la temporada de invierno con las óperas *Orfeo*, de Gluck, y *Cavalleria rusticana*, de Mascagni, y se han estrenado: en el Lyric, la opereta de Lecocq *Le coeur et la main*, adaptada á la escena inglesa con el título de *Incognita*, en la cual se han introducido algunos números musicales del maestro inglés Bunning, siguiendo en ello un procedimiento censurable, pero bastante en boga en Inglaterra; y en el Royalty, la ópera cómica *The Baroness*, letra y música de Mr. Cotsford Dick. Ambas obras han sido recibidas con aplauso. En St. James Hall ha inaugurado sus conciertos el eminente violinista español señor Sarasate, que fué acogido con el entusiasmo de siempre por el público londinense, viéndose obligado á repetir casi todos los números del programa: la señora Berta Marx compartió con el Sr. Sarasate los merecidos triunfos, especialmente en el dúo para violín y piano *La fée d'Amour*, de Raff.

Madrid. – Han abierto sus puertas los teatros Español y Real. En el primero, la compañía que dirige el Sr. Vico ha puesto en escena la magnífica obra de Calderón de la Barca, *Casa con dos puertas mala es de guardar*, habiendo sido muy aplaudidos el referido actor y la señorita Contreras. El Real ha inaugurado sus funciones con la hermosa ópera de Wagner *Tanhauser*, que valió muchos aplausos á la señora Tetrazzini, al maestro Mascheroni y al barítono Menotti. En los demás teatros ninguna novedad digna de mención.

Barcelona. – En el Principal se ha estrenado con buen éxito el drama en tres actos *La herencia*, original de D. Luis Calvo y Revilla, obra del género romántico, bien versificada, con situaciones dramáticas de buen efecto y hermosos pensamientos. En Novedades ha comenzado sus tareas la compañía que dirige D. Antonio Tutau, habiendo puesto en escena *Los Rantzau*, *La payesa del Monseny* y *Mar y Cel.* En el Lírico la Sociedad Catalana de Conciertos ha inaugurado la serie de los cuatro que se propone dar bajo la inteligente dirección del maestro Nicolau. *La gruta del Fingal*, de Mendelsshon, las melodías *Ayes del alma* y *Ultima primavera*, de Grieg, la *Marcha fúnebre para la última escena de Hamlet*, de Berlioz, *Lo cant de la montanya, escenas sinfónicas*, de Pedrell (obra premiada en el concurso abierto por la Sociedad), y la escena segunda del primer acto de *Parsifal*, de Wagner, piezas que componían el programa del primer concierto, fueron magistralmente dirigidas y ejecutadas y con entusiasmo aplaudidas.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Emilio Signol, célebre pintor francés, decano de la sección de pintura de la Academia de Bellas Artes, gran premio de Roma en 1830, algunas de cuyas obras figuran en el Luxemburgo y en las galerías de Versailles: había colaborado en la decoración de la Magdalena y otras iglesias de París, y era oficial de la Legión de Honor desde 1865 y miembro del Instituto desde 1860.

El doctor Villemin, vicepresidente de la Academia de Medicina de París, cuyo presidente había de ser en 1893; fué profesor de clínica médica en la escuela del Val-de-Grace y era oficial de la Legión de Honor.

Angel Marescotti, senador romano, ex catedrático de la Universidad de Bolonia y uno de los más ilustres economistas italianos: entre sus principales obras merecen citarse sus *Discursos sobre la economía social*, *Conferencias sobre economía estudiada por el método positivo*, *Los fenómenos económicos y sus causas*, etc.

Tomás Woolner, célebre escultor inglés: comenzó produciendo obras un tanto idealistas, género que pronto abandonó para dedicarse á los bustos-retratos, pudiendo decirse que todos los grandes hombres que en Inglaterra ha habido de veinte años acá han sido perpetuados en el mármol por el cincel de este artista.

Javier Marmier, notable literato francés, miembro de la Academia Francesa, bibliotecario primero y conservador después de Santa Genoveva, ex profesor de Literatura de las princesas Clementina y María, hijas de Luis Felipe: entre sus obras, las más de ellas de viajes, merecen citarse *Gazida*, *Cartas de América*, *Los novios de Spitzberg*, *Cartas sobre Rusia*, *Polonia é Irlanda*, etc.

Van Borselen, reputado paisajista holandés.

Federico Schlogl, escritor austriaco que estudió y describió especialmente la vida popular en Viena.

Alfredo, lord Tennyson, uno de los principales poetas ingleses modernos, proclamado por la reina Victoria *poeta laureado* en 1850 y nombrado barón en 1884: entre sus obras, cuya enumeración completa resultaría interminable, descuellan sus *Poemas*, de los que publicó varias colecciones.

Patricio S. Gilmore, famoso compositor de origen irlandés, aunque residente desde hacía muchos años en los Estados Unidos, autor del himno *Columbia* que puede decirse es el himno nacional de los norte-americanos: cuando las fiestas de la paz, dirigió en Boston (1872) un coro de mil voces; en Nueva York organizó la banda del regimiento 22.°, compuesta de 100 músicos, con la que verificó en 1882 un viaje por todo el mundo, obteniendo en todas partes grandes ovaciones.

NUESTROS GRABADOS

La cuna vacía, cuadro de T. G. Sampedro. – Discípulo del celebrado Plasencia, el Sr. García Sampedro ha sabido demostrar en todas sus obras que no cayeron en tierra estéril las enseñanzas de tan insigne maestro. En *La cuna vacía* predomina la nota del sentimiento, admirablemente expresada en aquellas dos hermosas figuras transidas por el más cruento de los dolores; y con ser tan bella la concepción psíquica, no le va en zaga el elemento técnico, cuyos encantos revelan á simple vista la maestría del artista en utilizar los recursos del arte para dar mayor valor al pensamiento en que se inspirara, exteriorizándolo en una escena que al agradar á los ojos llena también el corazón.

Contrariedad, cuadro de D. Francisco Masriera. – Difícil empresa sería enumerar las obras que ha producido el elegante pintor D. Francisco Masriera, y mayores dificultades ofrecería, sin duda alguna, determinar cuál entre todas reune mejores condiciones, ya que tanto sus ideales cabezas, como sus preciosas majas y hermosas odaliscas, han brotado de su brillante paleta para servir de preciado adorno en reales cámaras ó en valiosas colecciones. En todos los lienzos de Masriera obsérvanse pormenores estudiados con recomendable prolijidad y efectos casi inimitables en las carnes, que adquieren morbidez y extraordinaria finura, gracias á la prodigiosa habilidad de este artista, cuyo ingenio es parejo de su maestría en la ejecución.

En la ejecutoria artística de Masriera figuran su especial conocimiento de la técnica del arte y exquisito gusto, conforme lo patentiza el bellísimo cuadro que reproducimos.

Después del trabajo, cuadro de D. Juan Brull. – *Después del trabajo* figura en el número de los lienzos que tuvieron el privilegio de llamar la atención del público en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona, celebrada el año último. Es un lienzo de carácter puramente regional por el asunto, y una nueva obra de la llamada escuela catalana moderna. Brull preséntase como adepto de la pintura ruralista y admirador, como lo son otros discretos artistas, de las grisáceas tonalidades importadas de allende los Pirineos.

Sea cual fuere la tendencia del Sr. Brull, su obra denota recomendables cualidades, por cuyo motivo creemos tiene el derecho de alimentar nobles aspiraciones para obtener justa recompensa á sus afanes.

Hacia el ocaso, cuadro de D. Luis Graner. – Dotado de poderoso espíritu de observación, todas las obras de D. Luis Graner son trasunto fiel de tipos y costumbres de nuestro país. El pordiosero, el borracho, la comadre, el galante vejete, todos los que constituyen la nota característica que pulula por nuestras calles, que ofrece rasgos salientes, contrastes verdaderamente dignos de llamar la atención, cautivan á este distinguido pintor, quien los traslada al lienzo ya solos ó agrupándolos discretamente de manera que resultan interesantes composiciones, siempre avaloradas por la rica y brillante tonalidad de su paleta.

Medalla conmemorativa del cuarto centenario del descubrimiento de América, obra del escultor D. Eusebio Arnau, acuñada por encargo del Ayuntamiento de Barcelona. – A expensas del Ayuntamiento de Barcelona se ha acuñado en los talleres de los señores hijos de Castells la hermosa medalla que reproducimos, obra de relevante mérito del joven escultor catalán D. Eusebio Arnau.

Hay que advertir que el modelo de esta medalla, que tan acertada y justamente ha prohijado el municipio barcelonés, concurrió á un certamen abierto en Madrid, no habiéndosele otorgado el correspondiente premio por considerar el Jurado, compuesto de señores académicos, que los episodios de la vida de Colón, que circundan el busto del ilustre navegante, representarían otras tantas dificultades para la limpieza de la acuñación.

Si estuvieron en lo cierto los señores académicos, demuéstralo la obra, que no dudamos será admirada por los inteligentes.

Como verdadera reparación debe considerar el Sr. Arnau el acuerdo del Ayuntamiento de Barcelona, y como principal recompensa la que desde luego le ha otorgado la representación de la ciudad que le vió nacer.

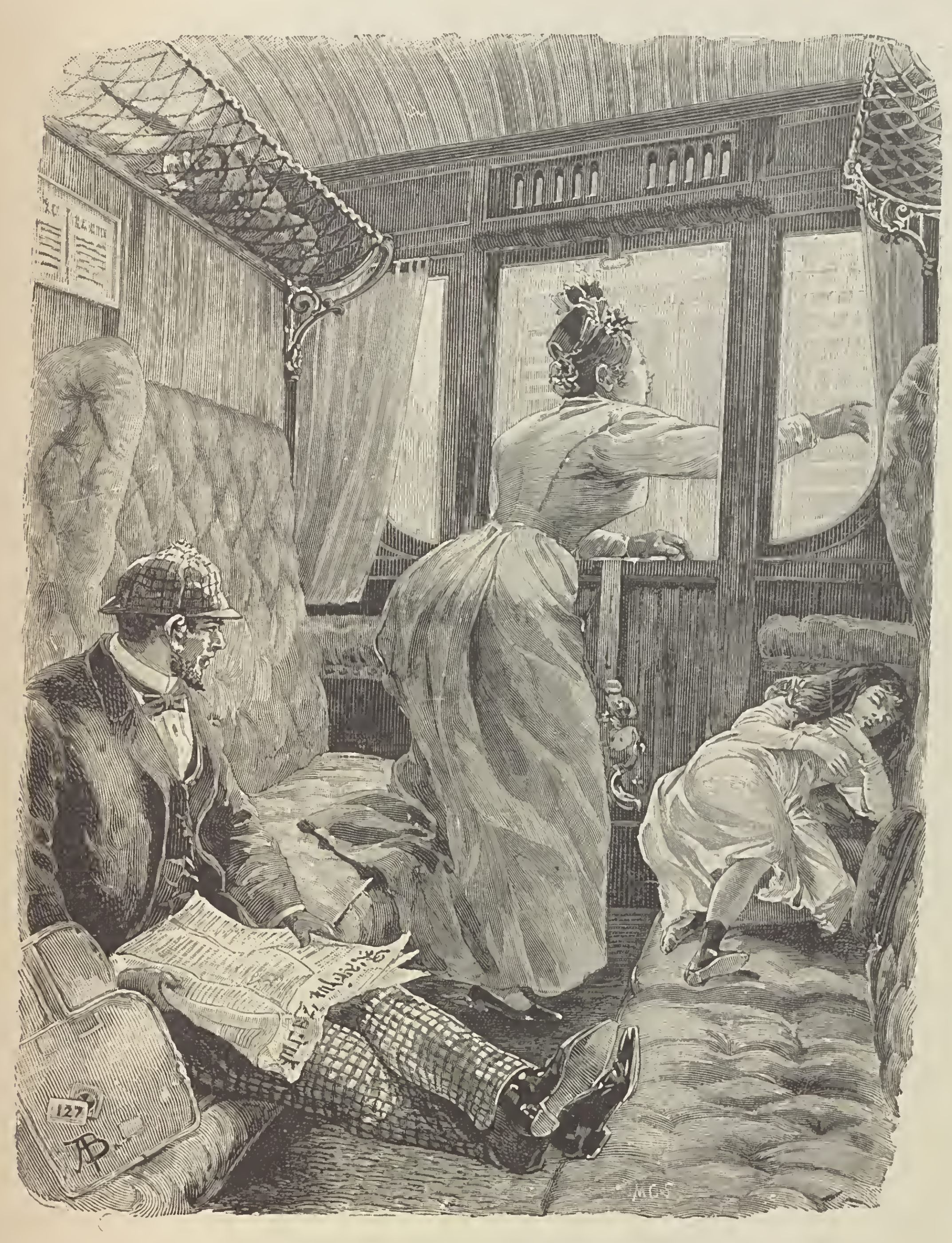
CADENAS

NOVELA ITALIANA ESCRITA POR CORDELIA. – ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

(CONTINUACIÓN)

Ernesto, que no perdía una sílaba de lo que decía su compañero de viaje, iba repitiendo para sí: «Es ella, no cabe duda, es ella,» y se estremecía de júbilo y exclamaba como Arquímedes: *¡Eureka!* ¡La encontré!

Viendo que por el momento no podía hacer nada para perjudicar á su mujer, se le ocurrió recurrir á la hija y valerse de aquella criatura inocente para destrozar el corazón de la madre; era refinadamente cruel y maestro en el arte de matar á alfilerazos, como también capaz de aguardar con paciencia suma la ocasión propicia para caer sobre la víctima designada y derribarla en un momento asestándola un golpe formidable. Si hubiera sido un monarca, Nerón habría parecido niño de teta á su lado; pero era simple mortal, y tendía ocultamente sus redes para atrapar á sus víctimas.



... y asomándose á la ventanilla, se puso á gritar gesticulando

Resolvió, pues, hacer una excursión al lago de Como para cerciorarse de ello.

No dejaba de comprender que el empeño de encontrar á su mujer á toda costa podría ser su ruina; si hubiese sabido que estaba pobre, abandonada, en la miseria, la habría dejado en paz; pero la encontraba tranquila, en una posición desahogada, y se le había metido en la cabeza atormentarla; la odiaba, tenía necesidad de una víctima, y quería tomar venganza en ella de los tres años pasados expulsado de la sociedad, de sus humillaciones y de las dificultades que encontraría en lo sucesivo para abrirse paso en el mundo.

Ya sabemos lo que hizo tan luego como llegó al lago; el hecho de haber sido arrojado de la quinta debía pesar más en el balance de la venganza, y si antes se proponía atormentar á su mujer mientras no se le siguiese á él ningún perjuicio, después había decidido tomar venganza á toda costa, aunque hubiese de pagar el placer de esta venganza volviendo otra vez á la cárcel ó exponiéndose á morir.

Difícil le era encontrar el sitio donde estaba guardada su hija; pero no se apuraba por tan poco.

Viendo que en el Lago no podía hacer nada, volvió á Milán, donde había alquilado un cuarto amueblado, é instalado momentáneamente en él, se puso en seguida á consultar Guías y á hacer indagaciones con objeto de averiguar los colegios de niñas que había en las inmediaciones.

Porque tenía la certidumbre de que su hija debía estar en un colegio y no muy lejos del lago de Como, después de examinar todos los anuncios de los establecimientos de esta clase situados en las cercanías de Milán y de reflexionar detenidamente, dedujo que la niña debía estar á pensión ó cerca de Gallarate ó cerca de Monza, y resolvió ir allí al punto para cerciorarse.

No parecía sino que la suerte se proponía ayudarle en sus malévolos designios. Fijóse desde luego en el colegio inmediato á Monza, y estaba almorzando en una casa de comida cuando vió pasar á su mujer llevando de la mano á una niña, ambas muy enfrascadas en su conversación, alegres, andando de prisa y á veces á saltitos como si fuesen dos chiquillas, y tan entregadas á su contento que no echaron de ver la mirada de fuego que se fijó en ellas mientras se alejaban de la casa de comida.

Berletti sabía ya cuanto necesitaba.

– Eres feliz y ríes, dijo para sí; pero mañana llorarás, mujer orgullosa; así sabrás lo que significa despreciar á un hombre como yo.

Y se regocijaba saboreando de antemano el placer de su venganza.

Al día siguiente, cuando estuvo seguro de que su mujer se había marchado, fué al colegio y solicitó ver á su hija, lo que se le negó. Esta negativa le puso más furioso, y resolvió valerse de la fuerza; al otro día su hija estaba en su poder.

Laura, al verse en los brazos del desconocido, se asustó y comenzó á gritar.

Los clamores de la niña no le cuadraban, y como podían echarlo todo á perder, lo cual no entraba en sus planes, quiso apelar á la bondad.

– ¿Por qué lloras?, le dijo; no te quiero hacer daño, soy tu padre y quiero llevarte conmigo; la maestra se empeñaba en no dejarte venir y yo te he cogido á la fuerza; eres mi hija y por consiguiente tengo derecho para ello.

La niña se enjugó las lágrimas y miró al desconocido.

Su cara no tenía nada de terrible, y además le había dado el nombre de Laura, la conocía, y por consiguiente debía ser su padre.

– ¿Has vuelto?, le preguntó: y dime, ¿has descubierto un nuevo mundo como Cristóbal Colón?

– No, no he descubierto nada.

– ¿Y por qué has ido tan lejos y nos has dejado solas?

– ¿Quién te ha dicho que yo había ido lejos?

– Mamá, y me ha dicho también que eres muy bueno, añadió la niña.

Ernesto no sintió agradecimiento alguno hacia su mujer que había ocultado la verdad á su hija y se lo había pintado con los mejores colores; creyó que sólo había cumplido con su deber, y se limitó á sonreir y á pronunciar un monosílabo que la niña no pudo comprender.

– ¿Y por qué no ha venido también mamá?, preguntó Laura.

– Porque quiero darle una sorpresa y llevarte adonde está.

– ¿Y cuándo me llevarás?

– Tiempo queda; antes haremos un viaje.

– ¿Me enseñarás países bonitos? ¿Me llevarás lejos en ferrocarril?

– Sí, pero con la condición de que has de ser buena niña.

Hablaban así en el carruaje que había esperado á Ernesto cerca del colegio y que los llevó á la estación de Monza, donde tomaron el tren para Milán.

Laura estaba muy contenta de viajar y miraba desde la ventanilla el campo, los árboles que corrían, los ganados que pastaban en los prados, los postes del telégrafo; todo la sorprendía y la alegraba, y pensando además que iría luego á buscar á su mamá, estaba muy contenta.

Cuando llegaron á Milán, á la casa donde vivía Berletti, la patrona se quedó asombrada de ver á su huésped acompañado de una niña.

– Es mi hija, le dijo, prepárela usted una camita en el cuarto contiguo al mío.

– Es que como no me había usted dicho nada, y viene ahora tan de pronto, y todos los cuartos están ocupados, no será cosa fácil colocarla, contestó la patrona mostrando algún embarazo.

– Vaya, le pagaré á usted bien, no tenga cuidado; pero le recomiendo que cuide usted á esta niña; he de salir á hacer algunas diligencias y volveré tarde. Arréglese usted de modo que cuando yo vuelva todo esté en orden y la niña acostada.

Era la hora del crepúsculo, y una densa niebla hacía más tristes aquellos momentos y daba escalofríos.

Cuando Laura se vió á aquella hora sola, sin tener á su lado una cara conocida, en una casa en la que no había estado nunca y frente á una patrona que no cesaba de refunfuñar, rompió en copioso llanto.

– ¡No me faltaban más que esos lloriqueos!, dijo ésta. ¿Por qué lloras? ¿Qué quieres?

– Quiero ver á mi mamá.

– ¡Pues ve á buscarla; yo no la tengo en el bolsillo!

– Papá me ha prometido que la iríamos á buscar.

– ¿Y dónde has estado hasta ahora?

– En el colegio. Si mi mamá no está aquí, quiero ir al colegio, quiero dormir con mis amigas, y seguía llorando y nombrando al propio tiempo á sus compañeras.

– Vamos, sé buena niña, le dijo la patrona, que al fin y al cabo no era mala mujer; sé buena, al menos hasta que vuelva tu papá, que él te llevará al colegio ó á ver á tu mamá; ahora toma, y le dió algo de comer.

– ¿Tardará mucho papá en venir?, preguntó la niña.

– ¿Qué sé yo? Pero volverá, de seguro; entretanto sosiégate; toma, mira las láminas de este libro, me retiro un momento y volveré pronto.

Y mientras la niña se había calmado y se entretenía mirando las estampas, la patrona, charlatana como casi todas, fué á contar á los vecinos y á los huéspedes que estaban en casa á aquella hora que el Sr. Ernesto había llevado una niña. Interrumpía su conversación con exclamaciones de asombro y hacía toda suerte de comentarios, porque no había creído que tuviese una hija ni que estuviese casado, y luego añadía:

– Entretanto, yo que jamás he querido lidiar con chiquillos, tendré que cuidarme de esa mocosa que no me parece tranquila; lloraba y gritaba como un becerro y me ha costado todas las penas del mundo hacerla callar. ¡Dios me la depare buena!

Laura no había querido acostarse por esperar á su padre; y cuando éste llegó, se puso á llorar, un poco por el sueño y otro poco porque no se encontraba á gusto entre aquellas caras nuevas; la patrona empezó á gritar diciendo que no quería de ningún modo en su casa niños traviesos que no dejaban dormir á la gente; que si no había sosiego y silencio en su casa, nadie querría ir á vivir á ella.

Ernesto, entre su hija que lloraba y la patrona que gritaba, no sabía qué hacer y aun llegó á arrepentirse de haberse metido en aquel enredo sólo por el gusto de vengarse de su mujer.

Enfadóse tanto que empezó á pegar á la niña, lo cual sólo sirvió, como se comprenderá, para hacerla llorar más, hasta que viendo que á las malas no conseguía nada, la acalló á fuerza de dulces y prometer le que si dormía tranquila aquella noche, al día siguiente la llevaría á ver á su mamá.

Cuando Dios quiso la rindió el sueño; pero la patrona dijo terminantemente á su padre que al día siguiente podía sacar de su casa á la alborotadora chiquilla, pues á ningún precio la quería tener en ella.

Al otro día ocurrieron ciertos inconvenientes que hicieron cambiar de resolución á Ernesto.

Cuando salió de casa por la mañana notó que le observaba y seguía un hombre de no muy buenas trazas y que tenía todo el aspecto de un polizonte; después le dijo la patrona que se había presentado un sujeto preguntándole si paraba en su casa un caballero con una niña, acerca de los cuales le hizo tantas preguntas que parecía un inquisidor. Así dijo la patrona, y añadió que ella no quería tapujos en su casa, que siempre había sido muy honrada, por lo cual viese de buscar en el acto otro alojamiento.

La idea de que podía ser descubierto le causó un verdadero pavor, que le impulsaba á huir, á irse muy lejos; por triste experiencia sabía lo que era pasar meses en una cárcel y no quería volver á encerrarse en ella.

Probó á salir, y le pareció que le vigilaban; comprendió que no podía continuar así, y resolvió huir de Milán para despistar á la policía.

Al anochecer cogió á la niña y se encaminó á la estación del ferrocarril. No sabía adónde ir. pero estaba decidido á tomar el primer tren que saliese y á dirigirse lejos, á un rincón tranquilo, ignorado, donde nadie pudiese descubrirlo.

Estaba ya arrepentido de haber cargado con aquella criatura que gimoteaba todo el día; pero la idea de que la incertidumbre de lo que sucedía á Laura hacía padecer á su mujer, le llenaba de júbilo; también Elvira sufría; tal vez la llegara á ver postrada á sus pies, y el placer de la venganza le hacía olvidar su propio riesgo.

Cuando llegó á la estación iba á salir un tren para Módena, y tomó billetes para aquella ciudad.

Laura estaba cansada de viajar, tenía sueño, quería ver á su madre, lloraba y no le dejaba en paz.

Ernesto le decía que precisamente iban entonces á buscar á su mamá, pero la niña no le creía y seguía llorando; entonces él la pellizcaba, la pegaba, con lo cual sólo conseguía hacerla gritar más.

Por último, cansada de llorar y agitarse, se durmió.

Cuando Berletti llegó á Módena, fuese ilusión ó realidad, le pareció que le miraban de pies á cabeza y que dos agentes de policía le señalaban con el dedo y se hablaban al oído.

Pensó que Módena tampoco era ciudad á propósito para poder ocultarse; tomó, pues, otros billetes y partió para Bolonia. Cuando pudo coordinar sus ideas comprendió que había cometido una tontería; cierto es que podía decir que aquella niña era su hija y que tenía derechos sobre ella; pero siempre hubiera sido suya la sinrazón; habríale sido más conveniente esperar, rehabilitarse con el tiempo ó al menos hacer olvidar su prisión y su proceso; se vive ahora tan de prisa, que cualquier suceso envejece en pocos años y nadie piensa ya en él; si en breve plazo hubiera podido ganar una regular cantidad de dinero y rodearse de una aureola de respetabilidad, habría podido vengarse de su mujer con mejor resultado y aun mostrar que le asistía toda la razón que faltaba á los demás. En cambio, la precipitación con que había procedido lo echaba á perder todo; hubiera querido esconderse, huir, pero aquella niña era un grave estorbo para ello.

Hubo un momento en que cruzó por su mente la idea de librarse de ella matándola, y vengarse así de su mujer; pero se le ocurrió luego que un cadáver no es tan fácil de ocultar, y que tarde ó temprano se descubre al asesino; quizás le condenarían á muerte y entonces su mujer quedaría enteramente libre, lo cual no entraba en sus propósitos; debía vivir para vengarse de aquella mujer y de su hija y aguardar con paciencia para que su venganza fuese tanto más tremenda cuanto más aplazada.

Comprendía la falta que había cometido, y que si quería remediarla no le quedaba ya otro recurso sino librarse de la llorona de su hija.

En el vagón iba una señora gruesa y rubicunda que no hacía otra cosa más que comer, y un caballero que había entrado con la mano llena de periódicos, el cual se sentó en un rincón sin decir una palabra.

A Ernesto le pareció más de una vez que aquel caballero le miraba con mucha atención, y creyó que era un inspector de policía disfrazado: hasta tal punto le hacían desbarrar su imaginación y su intranquila conciencia.

Laura dormía con el sueño de la inocencia y sonreía durmiendo; quizás soñaba con su madre ó con sus amigas de colegio.

Cuando llegaron á Bolonia, Berletti, no pudiendo soportar la mirada del viajero, constantemente fija en él, bajó del vagón.

Reinaba gran movimiento en la estación, y procuró escabullirse entre la muchedumbre; pero su exaltada imaginación le hacía ver peligros en todas partes y en cada persona un espía ó un polizonte; por más que se volvía á un lado ó á otro, parecíale que todos le observaban. No podía soportar semejante vida; necesitaba ir lejos, muy lejos, solo, sin estorbos; tan luego como llegara á una ciudad cambiaría de traje y se pondría una barba postiza para que no le conocieran: era lo único que podía hacer.

Era muy natural que se le buscase en los trenes que salían de Milán y no en los que llegaban; en aquel momento partía un tren directo para la Alta Italia y resolvió marchar en él y dejar á su hija abandonada á su suerte. ¿Qué sería de la pobre niña perdida en el caos de aquella estación de ferrocarril? Tal vez moriría aplastada por algún tren; pero ¿á él qué le importaba? Sólo molestias le había causado, y en cambio era el consuelo de la mujer á quien odiaba.

Y si algún alma piadosa la acompañaba hasta entregarla á su madre, se vengaría más adelante con mayor reflexión y seguridad.

Tales ideas se amontonaban en su mente: vaciló un momento; creyó todavía ver miradas fijas en él, oir cuchicheos, y esto le decidió á subir á un tren que partía para la Alta Italia y abandonar á su hija, y así lo hizo.

En tanto había llegado el momento de que echara á andar también el tren en que estaba Laura, la cual seguía durmiendo tranquilamente.

El conductor iba ya á cerrar la portezuela, cuando la señora que no hacía más que comer por el camino le dijo mascando aún un pedazo de salchichón:

– Espere usted, que tiene que subir el padre de esta niña.

El conductor aguardó un minuto, echó una ojeada alrededor y contestó cerrando la portezuela:

– No queda nadie; todo el mundo se ha marchado.

La señora se levantó con ímpetu, dejando caer las servilletas llenas de jamón, embutidos y fruta que tenía en la falda, y asomándose á la ventanilla se puso á gritar gesticulando:

– Esperad, esperad, ha de subir todavía un caballero; un minuto no más, ¡abrid!

Y quería abrir la portezuela.

Otro conductor subió al estribo y miró al interior del vagón.

– Es el padre de esta niña el que ha bajado, un caballero que lleva un traje gris á cuadros.

– Le digo á usted que no hay nadie y estamos ya retrasándonos, dijo el conductor.

Y tocó el pito.

Resonó el agudo silbato de la locomotora, y el tren se puso en marcha.

La señora, que se había quedado en pie, se encontró sentada sin saber cómo al empuje que dió el tren al echar á andar, mientras la niña se despertaba por efecto del mismo empuje.

– ¿Y ahora qué hacemos con esta niña?, preguntó la señora al compañero de viaje que había presenciado toda aquella escena sin decir una palabra.

– ¡Qué sé yo! Su padre se habrá querido desembarazar de ella; dejarla abandonada en un tren es un medio como otro cualquiera, contestó aquel individuo con acento extranjero.

– Sí, pero nosotros ¿qué debemos hacer?

– Si le parece á usted, podemos adoptarla.

– No me faltaría otra cosa; tengo cinco hijos, y me parece que bastan; en caso necesario, adóptela usted.

El viajero se sonrió y no contestó.

Entretanto la niña miró en torno, y dijo llorando:

– Quiero ir con mamá, quiero ir con mamá.

– ¿Y dónde está tu mamá, hija mía?, preguntóle la señora con cariño.

– Allá, junto al lago de Como.

– ¡Santo Dios! ¡Pues no está poco lejos! Y lo que es peor, nos alejamos cada vez más. ¿Y cómo se llama tu mamá?

– Elvira. Quiero ir con ella en seguida, contestó la niña llorando otra vez.

– No faltaba más que esos lloriqueos, dijo la señora; sólo á mí me suceden estas cosas; ¡y decir que no he podido comer un bocado con sosiego!.. Toma, pequeña, añadió alargando á la niña un pedazo de salchichón; come y consuélate; dentro de poco verás á tu mamá. ¿Y quién era ese señor que iba contigo?

– Mi papá.

– ¿Pues cómo ha bajado y te ha dejado sola?

– Papá es muy malo; quiero ir con mamá.

– Sí, queridita, sí; pronto iremos, entretanto sé buena niña y come.

– ¡Vaya un estorbo!, repetía aquella mujer. Y volviéndose al viajero que estaba inalterable en su rincón, le dijo: Si al menos quisiera usted ayudarme.

– ¿Y qué quiere usted que haga, señora? Nada podemos hacer. Una de dos; ó su padre la ha abandonado sin quererlo y la buscará, ó la haremos bajar en la primera estación, y la autoridad se encargará de ella; yo no tengo hijos y tampoco me cuido de los ajenos.

– ¿Y habré de ocuparme de ella yo, que tengo cinco? No me parece muy justo. Si usted los oyese cuando están todos juntos, parece la casa un infierno. Ahora me estarán esperando, y quién sabe cuánto habrán hecho rabiar al bonachón de mi marido durante el tiempo que he estado ausente; tendría gracia que le regalase ahora otra chiquilla.

Y soltó una carcajada nerviosa.

La niña miraba tan pronto al uno como á la otra, casi atontada y sin entender nada; había sentido tantas emociones en aquellos pocos días que vivía como si estuviera soñando. Parecíale ya muy remoto el tiempo pasado en el colegio; la imagen de su madre se le presentaba ya como una hermosa visión; estaba cansada de llorar y se hallaba tranquila y resignada como una víctima que espera su sentencia.

En tanto el tren marchaba, corría por los campos, pasaba por obscuros túneles entre las gargantas de las montañas y subía y bajaba con vertiginosa rapidez.

La niña tenía miedo de aquellas alternativas de luz y tinieblas, y á cada túnel que pasaba se encogía arrimándose á la señora como para implorar su protección.

La idea de que tenía allí, bajo su amparo, á una niña abandonada, abrumaba de veras á la pobre señora; pero era madre y le daba lástima, tanto más, cuanto que la niña era muy mona y tenía unos ojos inteligentes.

El tren seguía su marcha: habíase detenido algunos segundos solamente en Vergato, sin dar tiempo á nadie para apearse, y luego llegó á Porretta, donde el itinerario marcaba diez minutos de parada.

– ¡Gracias á Dios!, exclamó la señora: ahora podremos hacer algo; yo no puedo vivir en esta incertidumbre.

Llamó al jefe de estación que estaba en el andén examinando si todo se hallaba en regla.

Aquel empleado, acostumbrado á que le llamaran por fruslerías, se acercó de mal grado á la señora como diciendo: «Alguna otra majadería: ¡paciencia! Veamos qué se le ofrece á esa señora.»

Esta le refirió todo lo ocurrido y añadió:

– Y aquí está la niña: dígame usted qué debemos hacer de ella. Yo por mi parte le anuncio á usted que en cuanto llegue á Florencia bajo del tren y la dejo en el vagón; lo advierto porque no quisiera que le sucediese ninguna desgracia; cuídese de ella aquel á quien corresponda; yo tengo cinco hijos y bastante hago en ocuparme de ellos.

Mientras la buena mujer charlaba de este modo, el jefe de estación observaba á la niña y decía para sí:

– Vestido gris, sombrero de paja; debe ser ella; tales son sus señas; y volviéndose á la niña, le preguntó en alta voz:

– Dime, ¿cómo te llamas?

– Laura, contestó temblorosa.

– ¡Ella es, ella es!, exclamó el jefe de estación contento. ¿No ibas con un caballero?

– Sí, contestó la señora que no podía callar nunca; pero en Bolonia ha bajado y no ha vuelto; ¿quién sabe adónde habrá ido?

– ¿Es verdad lo que dice esta señora?, preguntó el jefe de la estación al viajero que iba en el mismo coche.

– Sí, es cierto, contestó el interpelado sin moverse.

– Pues entonces ruego á ustedes que me digan sus nombres para que pueda recurrir á ustedes en el caso de que necesitara testigos para mi justificación.

Los dos viajeros entregaron sus tarjetas.



El jefe de estación hizo que se apeara la niña...

El jefe de estación hizo que se apeara la niña, dió la señal de marcha, el tren continuó su viaje y Laura quedó por el momento al cargo de la mujer del guardaaguja que estaba cerca la estación.

– Tenga usted la bondad de encargarse de esta niña hasta la hora de salida del tren de esta noche, dijo á aquella mujer el jefe de estación.

– Con mucho gusto, contestó satisfecha de poder ser útil á su jefe; no tenga usted cuidado: jugará en el jardín con mis hijos.

Aquel empleado telegrafió en seguida á Milán diciendo que la niña á quien se buscaba había sido encontrada en un vagón; que su padre había huído y que él la conservaba mientras recibía nuevas órdenes.

Se le contestó que la enviase á Milán lo más pronto posible y con toda seguridad, y que apenas llegase á aquella ciudad se la condujese á la oficina de policía preguntando por el Sr. Bernardi.

El jefe de la estación se informó al punto de si había alguien en la población que tuviese que ir aquel día á Milán, y en efecto, encontró una señora amiga suya que debía partir por la noche para aquella ciudad; le contó lo ocurrido con la pobre niña y le rogó que tuviera á bien encargarse de ella durante el viaje

No le gustaba mucho á aquella señora encargarse de una niña desconocida; pero moviéndola á compasión la idea de la zozobra que tendría su madre, y siendo buena y complaciente, accedió á lo que se le pedía.

Laura se dejó meter de nuevo en el tren; pero entonces estaba contenta, porque la señora que la llevaba consigo le prometió acompañarla de veras adonde se hallaba su mamá, y tenía el presentimiento de que una señora de fisonomía tan franca no mentiría.

IX

La condesa de la Somasca no había querido separarse de su amiga de la infancia, y mucho menos después de haber insistido el barón de Sterne en que se quedase en la quinta.

Elvira, después de desahogarse los primeros días hablando continuamente de su hija, de derramar muchas lágrimas y de agitarse inútilmente, parecía algo tranquila; no hablaba ya de su hija, pero se conocía que no se apartaba un momento de su imaginación; hallábase en ese estado de angustia y de incertidumbre del que espera sin cesar una noticia anhelada, pero que no llega nunca; siempre fija en su mente la misma idea, parecíanle los días eternos. Había vuelto á dedicarse á sus habituales tareas, pero lo hacía todo como una máquina, por costumbre, mientras que su pensamiento estaba muy lejos de lo que ejecutaba; cada vez que se abría una puerta recibía como una sacudida.

A la hora de costumbre salía á la verja del jardín á esperar al cartero, y aquellos minutos de expectativa le parecían interminables; cuando le divisaba á lo lejos con la cartera al hombro y la gorra galoneada de encarnado, le palpitaba con fuerza el corazón; no podía ya estar quieta, corría á su encuentro con el afán de la muchacha que espera noticias de su novio; pero generalmente el cartero meneaba la cabeza y decía entregando un paquete de cartas y de periódicos:

– Para el barón.

Elvira tomaba el paquete exhalando un suspiro, regresaba á la quinta con paso lento y al llegar se dejaba caer abatida en un sillón.

Otro tanto sucedía siempre que llegaba un vapor: no dejaba ninguno, salía al punto á esperarle en la orilla, de pie, aguzando la vista, temblando cuando se acercaba, confiando siempre en que le trajera algo, y permanecía inmóvil hasta que veía desembarcar al último pasajero; luego regresaba triste, macilenta y esperaba el próximo vapor.

La condesa Bice procuraba distraerla hablándole de mil cosas frívolas y el barón de cosas serias; ella contestaba á todo con buen juicio, sin equivocarse nunca, pero se veía que tenía el pensamiento en otra parte. Sofía no le decía nada, pero con frecuencia le echaba los brazos al cuello y le daba muchos besos, y luego procuraba ser muy buena y obediente para no disgustar á Elvira que tenía tantos sinsabores.

Tres días, interminables para la atribulada madre, habían pasado sin recibirse ninguna noticia; pero cuando menos lo pensaba vió llegar un ordenanza de telégrafos con un despacho á su dirección. Levantóse con ímpetu, se lo arrancó de las manos y lo abrió temblando.

Aquel despacho era del inspector de policía que se había encargado de su denuncia y en él le decía lo siguiente:

«Estamos sobre la pista de los fugitivos; confío en lograr buen éxito »

Elvira esperaba algo más, le parecía que aquellas palabras no decían nada; pasó el día más intranquila que de costumbre, y no bastándole ir á cada momento á ver si llegaba algún vapor, marchó á Como y estuvo en la estación presenciando la llegada de todos los trenes, y por la noche volvió á la quinta más abatida y desalentada que nunca. Conocía que no podría vivir así mucho tiempo, sentíase indispuesta, pero quería tener ánimo para poder ir todos los días á la playa á la llegada del vapor.

Los barqueros, al verla acercarse, se preguntaban unos á otros qué esperaba con tanta ansiedad aquella pobre mujer, y luego decían en voz baja:

– Aguardará á su novio.

Al día siguiente de su ida á Como estaba en su puesto acostumbrado esperando el buque que debía llegar dentro de pocos minutos.

La condesa Bice, viéndola tan agitada, no tuvo valor para dejarla ir sola y la acompañó hasta la playa.

Procuraba distraerla llamándole la atención hacia aquel hermoso y tranquilo lago con sus barcas de velas blancas y los botes que se mecían en las ondas; pero Elvira sólo tenía la mirada fija en un punto, esto es, aquel por donde debía asomar el vapor, y en efecto, poco después señaló una nubecilla negra lejana que se destacaba sobre el azul del cielo; debía ser el humo del vapor.

– No creo que sea él, parece más bien una barca de pesca, dijo la condesa Bice.

– Es el vapor; nunca me equivoco, contestó Elvira; ¿todavía no lo ves?

– Sí, ahora también me parece que es él; pero está muy lejos; sentémonos; no, ahí no; me da miedo verte ahí y me dan vértigos.

Pero Elvira, sin hacer caso de las palabras de su amiga, permanecía derecha, inmóvil como una estatua, en el borde del desembarcadero que sostenido por estacas penetraba en el lago: habríale bastado dar un paso en falso para caer al agua. La condesa le rogaba con insistencia que se quitase de allí; pero ella no se movía hasta que un barquero le hizo retroceder diciéndole que necesitaba el paso libre para amarrar su embarcación á la orilla.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

TRANSPORTE DE ENERGÍA ELÉCTRICA Á GRAN DISTANCIA TÍVOLI-ROMA

Una lucha en extremo curiosa é interesante tienen actualmente entablada las corrientes continuas, las alternativas sencillas y las alternativas polifases en lo que se refiere al transporte y á la distribución de grandes cantidades de energía á grandes distancias. Hace apenas diez años todos los electricistas hubieran dado la preferencia á las continuas, por ser éstas las que mejor se prestaban á las múltiples aplicaciones que puede tener una distribución de electricidad bien entendida; pero de algún tiempo á esta parte las ideas se han modificado á consecuencia de los progresos realizados en el empleo de las corrientes alternativas, gracias á los transformadores que permiten la utilización de altas tensiones para el transporte de la energía, y de tensiones bajas para la distribución de la misma.

Existen en la actualidad buenos motores de corrientes alternativas, lo cual ha hecho desaparecer la otra objeción relativa al empleo de dichas corrientes para poner en acción pequeños motores. Queda todavía la cuestión de la acumulación, hasta ahora no resuelta, pero que no tiene gran interés práctico cuando se trata de utilizar á larga distancia fuerzas motrices naturales: de todas suertes, estúdiase el problema cuya solución, según todas las probabilidades, no ha de hacerse esperar mucho. Cuando esto se consiga, nada podrá objetarse ya contra esas corrientes que tienen en su favor la gran facilidad con que se producen y transforman. En efecto, no ha de perderse de vista que una máquina dinamo es, por su misma naturaleza, un generador eléctrico de corrientes alternativas que se convierten en continuas merced al ingenioso artífice que se denomina conmutador ó colector. Puede, pues, haber interés – y la experiencia demuestra que á menudo efectivamente le hay – en transmitir las corrientes engendradas bajo su forma natural á reserva de transformarlas á la llegada, en todo ó en parte, según las necesidades de cada aplicación, en corrientes continuas.

Una de las ventajas de las corrientes alternativas ha sido la posibilidad de obtener tensiones eléctricas mucho más elevadas que las que pueden utilizarse con las continuas.

No hay, en efecto, ninguna instalación eléctrica de corriente continua en la que la tensión exceda de 3.000 volts, al paso que hoy se utilizan 4 y 5.000 volts con las alternativas. De una de estas instalaciones que funciona á 5.000 volts vamos á ocuparnos.

La ciudad de Roma poseía desde hacía muchos años una importante instalación de alumbrado eléctrico por corrientes alternativas y transformadores que funcionaba á 2.000 volts con máquinas de vapor: esta instalación á menudo ensanchada resultó muy pronto insuficiente para satisfacer los pedidos de corriente, cada vez más numerosos, y con objeto de aumentar la importancia de esta instalación se pensó en utilizar la potencia hidráulica de las cascadas de Tívoli, situadas á 28 kilómetros de Roma; pero como dada esta distancia el potencial de 2.000 volts habría sido á todas luces insuficiente para el transporte de la energía eléctrica necesaria, que excede de 1.000 kilovats, hubo de recurrirse á un potencial más elevado. La energía eléctrica producida en Tívoli es transportada á 5.000 volts á las puertas de Roma en una estación secundaria, en donde es sometida á una primera transformación á 2.000 volts, y desde allí es canalizada en la ciudad y llevada á 100 volts á los circuitos de utilización para una segunda transformación. La producción elevada de los transformadores, que hoy excede del 96 por 100 á carga llena, permite esta doble transformación que hace algunos años habría parecido imposible. En estas condiciones la distribución hállase unificada en toda la ciudad, gracias á lo cual podrá pararse completamente la máquina durante el día y durante las horas de escaso consumo, pues durante estos intervalos todo el servicio podrá hacerse por la instalación hidráulica de Tívoli.

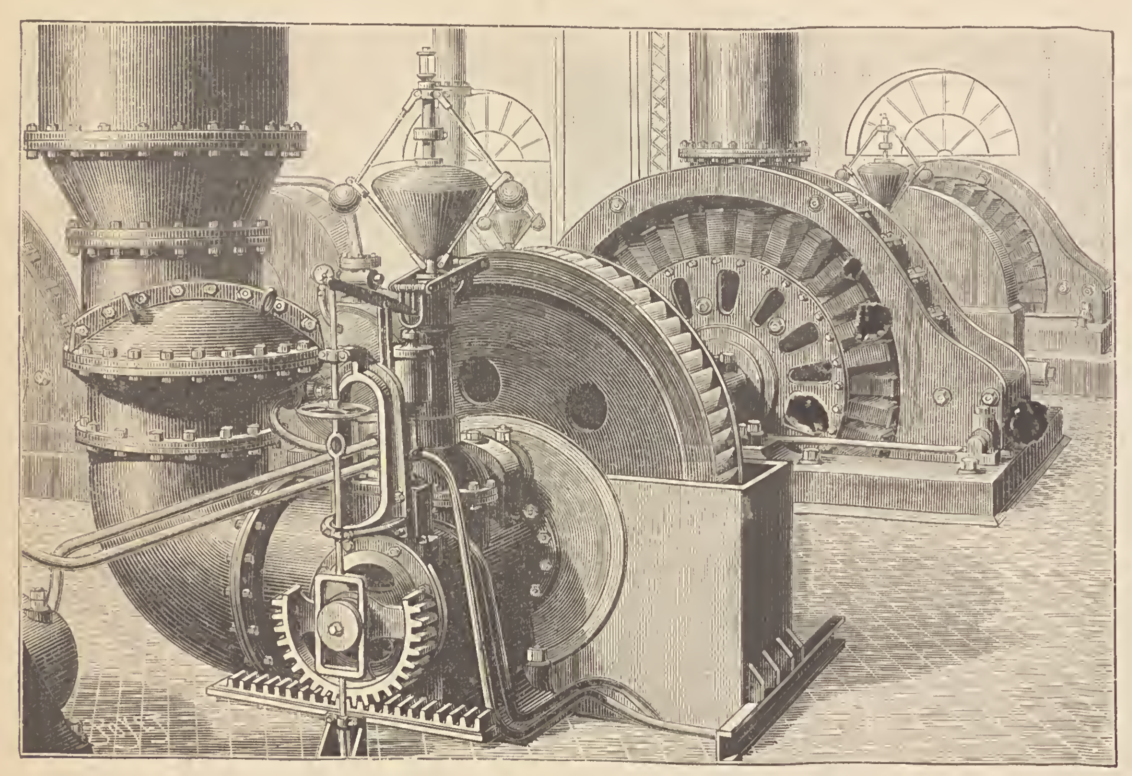


Fig. 1. Máquinas dinamos y turbinas en la fábrica eléctrica de Tívoli, Roma

He aquí las principales disposiciones de esta instalación.

Instalación hidráulica. – La estación generatriz está establecida en Tívoli, en la Villa Mecenate, antigua residencia de Mecenas, y alimentada por un salto de agua de 110 metros, de los cuales 10 se utilizan para otras aplicaciones industriales locales: el caudal de este salto es de 3.500 litros por segundo. Este verdadero río es conducido por un antiguo viaducto romano y en un canal de 150 metros de largo por 2'7 de ancho á la *Estación IV*, donde está establecida la fábrica hidráulica: el canal desemboca en lo alto de una torre en la que hay un tubo vertical de hierro de 1,6 metros de diámetro por 40 metros de altura, alrededor del cual, lo mismo que á lo largo del canal, hay aliviaderos para mantener un nivel constante. En la parte inferior de la torre un tubo horizontal de 1'6 metros de diámetro por 50 metros de longitud conduce al nivel del suelo el volumen de agua necesario. El edificio de máquinas, construído en la vertiente de una montaña, contiene, además de los anexos, una sala de máquinas de 25 metros de largo por 15 de ancho. El tubo horizontal que penetra en esta sala se subdivide en tres ramas horizontales, cada una con tres derivaciones que alimentan las nueve turbinas de que se compone la instalación, como indica el plano.

Un sistema muy completo de compuertas, maniobradas hidráulicamente desde la sala de máquinas, permite aislar en pocos segundos una derivación, de modo que en el caso de ruptura de un tubo el funcionamiento de la fábrica continúa asegurado. Las nueve turbinas forman tres grupos correspondientes á las tres derivaciones, componiéndose cada uno de dos turbinas de 330 caballos y de una de 50, todas ellas del sistema Girard, de eje horizontal y admisión parcial, con reguladores automáticos Ganz, y cuidadosamente encerradas para que el agua salga por debajo. La fig. 1 representa el conjunto de estas disposiciones y la 2 la distribución de turbinas y dinamos.

Alternadores. – Las dos turbinas de cada grupo mueven directamente un alternador que produce 42 amperes y 5.100 volts á la velocidad angular normal de 170 vueltas por minuto. El sistema inductor tiene 2'2 metros de diámetro y lleva 30 polos, lo que corresponde á una frecuencia de 42'5 períodos por segundo. La turbina pequeña que completa cada grupo mueve una excitatriz de 4 polos y produce, á la velocidad angular normal de 375 vueltas por minuto, 180 volts y 150 amperes (27 kilovats), potencia de sobras suficiente para la excitación de tres alternadores. Tres cabrias giratorias dispuestas en la sala de máquinas hacen muy fáciles el desmontaje, la inspección y el entretenimiento.

Regulación. – Todos los alternadores están apareados en derivación, lo propio que las excitatrices, lo cual simplifica considerablemente el servicio de regulación. En el circuito de excitación de cada alternador hay colocados reostatos á mano. La regulación propiamente dicha se efectúa por medio de dos reostatos automáticos, sistema Blathy, que obran sobre las corrientes de excitación de las excitatrices y regulan su producción de manera que la tensión de la corriente alternativa se mantenga constante en Roma, compensando las pérdidas de la línea por un igualador de tensión.

En el cuadro de distribución hay amperemetros y voltmetros correspondientes á cada máquina, y de esta suerte puede á cada instante abarcarse las condiciones de funcionamiento de cada una de ellas. Los interruptores son vasos cilíndricos de ebonita con mercurio en los que se sumergen las varillas de contacto.

Línea. – La línea se compone de cuatro cables de alambre de cobre, cada uno de ellos formado por una cuerda de 19 hilos de 2'6 milímetros de diámetro, lo que corresponde á una sección total de 100 milímetros cuadrados. Los cuatro cables pesan en junto unas 100 toneladas y pueden ser agrupados á la salida y á la llegada, circunstancia muy importante en caso de reparación necesaria en uno de ellos. Cuando funcionan á la vez cinco máquinas á toda carga, quedando la sexta de reserva, la pérdida en línea es de 1.020 volts, ó sea cerca de 20 por 100.

Para la construcción de esta línea que atraviesa un país desierto se han adoptado precauciones especiales colocándola sobre sólidos aisladores de aceite situados á 35 ó 40 metros uno de otro.

Estación secundaria. – La línea de alta tensión procedente de Tívoli detiénese, antes de llegar á Roma, en una estación secundaria situada cerca de la *Porta Pía*, en la que están instalados los transformadores y otros aparatos. Como la instalación eléctrica de Roma, de la que es suplementaria la de Tívoli, funciona á 2.000 volts, y como Tívoli proporciona la energía eléctrica á la estación secundaria á 4.000 volts, es preciso ante todo rebajar el potencial á 2.000 volts, para lo cual hay en dicha estación 32 transformadores de 25 kilovats cada uno: un primer grupo de 16 transmite los 2.000 volts alternativos á una red subterránea de cables concéntricos que sirve para la distribución general de la corriente en Roma; otro grupo también de 16, de 25 kilovats uno, se utiliza para el servicio de las lámparas de arco, sirviendo cada uno de ellos 45 lámparas de 14 amperes.

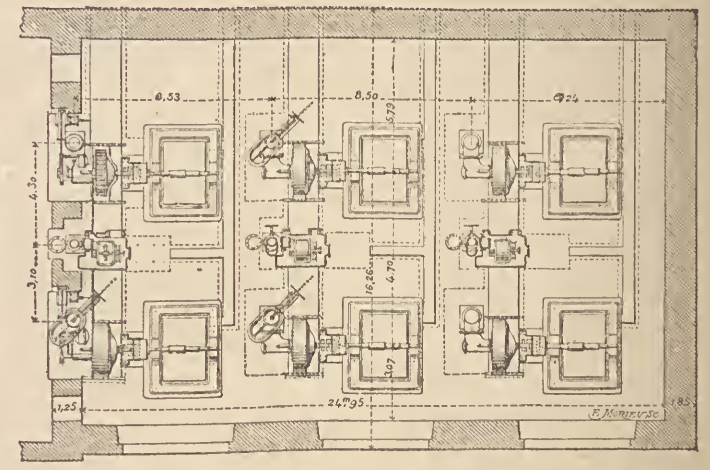


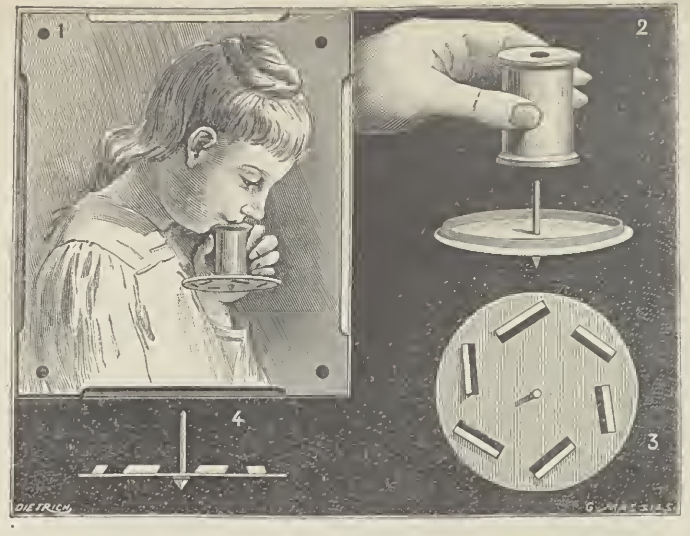
Fig. 2. Plano de la sala de máquinas de la fábrica eléctrica de Tívoli

E. HOSPITALIER

UN TROMPO DE FÁCIL CONSTRUCCIÓN

Aunque el trompo figura entre los juguetes que han sido objeto de mayor número de modificaciones, creemos interesante describir una nueva disposición que nos da á conocer el *Scientific American*. El trompo de que vamos á ocuparnos puede ser construído por los mismos niños de prisa y con poco gasto, y además tiene cierta originalidad en la manera como se le hace bailar.

El trompo propiamente dicho está formado por un disco de cartón de 8 á 10 centímetros de diámetro, del grueso de una tarjeta de visita, con una serie de aletas colocadas oblicuamente, que se obtienen cortando el cartón en tres lados de un rectángulo y doblándolo sobre el cuarto lado (núm. 3). Constituye el eje del trompo una aguja ordinaria ó un palito de madera fijado en el centro del disco por medio de una gota de lacre (núm. 2): el eje así formado sale 3 ó 4 centímetros en la parte superior y 5 ó 6 milímetros en la inferior para constituir la punta. Para lanzar el trompo se



Trompo de fácil construcción. – 1. Vista del trompo en conjunto. 2, 3 y 4 Detalles de la construcción

toma un carrete de madera de esos que se venden con hilo en todas las mercerías, se introduce en el agujero la aguja y se sopla ejerciendo con el dedo una ligera presión sobre la punta á fin de que no caiga el trompo: al poco rato de soplar puede retirarse el dedo, pues el trompo se pone á girar rápidamente bajo la acción del viento que azota sus aletas, y se mantiene en el aire, suspendido en el espacio gracias al vacío parcial ejercido por el movimiento centrípeto del aire entre la superficie interior del carrete y la superficie superior del disco y á la acción de la presión atmosférica exterior. De este modo el trompo se mantiene suspendido mientras se sopla: cuando se deja de soplar cae y continúa durante algún tiempo su movimiento de rotación si se ha colocado debajo de él una superficie dura y lisa, como por ejemplo, una plancha de cristal, un plato, un mármol, etc. Las figuras representadas en nuestro grabado son suficientemente claras para que haya necesidad de insistir sobre la manera de construir y usar ese juguete sencillo é ingenioso.

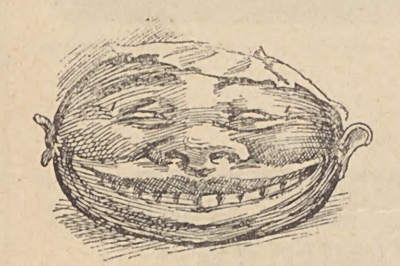


MEDALLA CONMEMORATIVA DEL IV CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA, obra del escultor D. Eusebio Arnau, acuñada por encargo del Ayuntamiento de Barcelona

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

AÑO XI — BARCELONA 24 DE OCTUBRE DE 1892 — NÚM. 565



De cómo una cabeza humana puede convertirse en un melón



FÁBRICA la más importante del mundo, la que tiene mayores existencias y mejores productos en su clase.

Como quiera que el ser muy viejo es una de las condiciones más esenciales que debe reunir todo material con base de cemento, nuestra casa no entrega sus renombrados MOSAICOS HIDRÁULICOS ni ninguno de sus productos hasta pasado un año por lo menos de su fabricación. De ahí el gran crédito y el inmenso y progresivo consumo que de ellos se hace, no ya sólo en la Península y Ultramar, sino hasta en el Extranjero.

Otras de las cualidades que indudablemente influyen en la preferencia que hasta ahora viene dispensando el público inteligente y de refinado gusto á nuestros mosaicos, es la de habernos separado de los rutinarios dibujos y de haber creado, debido á renombrados artistas y sin reparar en sacrificios, otros originales y de exclusiva propiedad de esta casa.

ESPECIALIDADES DE LA CASA

Baldosas para aceras, cuadras y cocheras, dando mejor resultado que cualquiera clase de piedra, y siendo su precio mucho más económico.

Baldosas especiales para salas de máquinas, recomendándose por su gran solidez y limpieza.

Gran novedad en baldosas relieve para arrimaderos y pasillos.

Baldosas para galerías, patios y terrazas al aire libre. Producto inalterable y resistiendo á los cambios bruscos de temperatura.

Losas de gran relieve para ornamentación de fachadas y zócalos.

Las humedades en los pisos y muros se evitan con el empleo de nuestros pavimentos y zócalos ó arrimaderos.

Nuestra casa garantiza todos los artículos de su especial fabricación

EL MISTERIO DE LAS SOMBRAS

Una noche nebulosa del mes de noviembre de 1886 un policía vió en la parte alta de la ciudad de Nueva York las sombras de dos personas que pasaban rápidamente á través del transparente de la ventana de una casa, y luego desaparecían como si las personas hubiesen ido al otro extremo de la habitación. El policía observaba que esto ocurría una y otra vez, diez, veinte, cincuenta, cien veces con regularidad, como una vez cada medio minuto. Esto le llamaba la atención y seguía observando. Al principio se presentaban las sombras de un hombre y de una mujer, después las de dos mujeres, después de un hombre y una mujer: siempre dos sombras, y una de ellas siempre de la misma mujer. No se oía ningún ruído Poco después se publicó una carta que explicó el misterio nocturno. Esta decía:

«Hace unos tres años que mi salud, que siempre había sido buena, empezó á quebrantarse. La primera señal fué debilitarse la digestión con los síntomas que acompañan á esta enfermedad tan común. En vez de pasarse, como yo creía, se puso peor. Fuí á ver al médico de la familia, persona de mucha reputación que me recetó medicinas y estuvo atendiéndome algunos meses. Durante la última parte de éstos venía á mi casa casi todos los días, pues yo no podía salir. Ninguna de sus medicinas parecía que me hacía provecho. El hígado no funcionaba y había síntomas aparentes de enfermedad de los riñones. Al cabo de algún tiempo se apoderó de mí una postración nerviosa muy grave. Hacía meses que no dormía bien, pero ahora no podía dormir absolutamente. *Más de siete días estuve sin comer nada;* la vista, el olor, el recuerdo solamente de la comida, me hacían daño. Por las noches estaba un poco de tiempo acostada en un cuarto á media luz para ver si podía dormirme. Imposible. Mi imaginación estaba en tal estado, *que me hacía ver en las labores de la alfombra y del papel de las paredes, caras horribles que me miraban y parecía que se burlaban de mi descsperación.* Creía que me iba á volver loca y no me atrevía á acercarme á una ventana por miedo de no poder resistir á la tentación de tirarme á la calle. *Muchas noches mi marido y mis hijos me acompañaban paseando la habitación de un lado á otro, cuando no podía dormir ni estar tranquila en ninguna posición.* * Estando en un estado tan terrible, un amigo íntimo me dió á conocer el *Jarabe Curativo de la Madre Seigel*, que él había tomado. Naturalmente dije que lo tomaría, aunque no tenía la menor esperanza de que hiciera provecho en un caso como el mío. Aquella noche tomé una dosis, y antes de la mañana había dormido bien una hora. Me acuerdo que me dormí á poco de dar las dos y me desperté á las tres permaneciendo tranquila, aunque despierta, hasta por la mañana. Desde entonces seguí tomando con regularidad el *Jarabe de la Madre Seigel*. El efecto siguiente fué corregir la digestión, después de lo cual dormía como en la niñez. Mientras tomaba esta medicina no tomaba otra ni he vuelto después á tomar ninguna. Un día, no hace mucho, conté las botellas que habían venido de la botica durante mi enfermedad y había cuarenta. Algunas se habían llenado varias veces. Además de las medicinas, mi marido tuvo que pagar una buena cuenta al médico. Tengo la seguridad de que si no hubiera tomado el *Jarabe de la Madre Seigel* estaría ahora en una casa de locos ó me habrían enterrado.

(Firmado) FRANCES HOLBROOK,
440, East 115th Street, Nueva York.»

No hay que suponer que el *Jarabe Seigel* tiene opio ú otro narcótico, pues no lo tiene. En el caso de esta señora, como en otros, produce tranquilidad atacando al veneno que la indigestión ha ocasionado en la sangre. Este veneno en el cerebro producía los síntomas descritos tan gráficamente.

Si el lector se dirige á los señores A. J. White, Limitado, de 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El *Jarabe Curativo de la Madre Seigel* está de venta en todas las Farmacias. Precio del frasco, 14 reales; Frasquito, 8 reales.

* El marido y la hija de esta pobre medio loca, acompañándola alternativamente paseando de un lado á otro de la habitación entre la luz y la ventana, producían las sombras que llamaron la atención del policía, haciéndole creer que había algo extraño ó irregular dentro de la casa.

NUEVO SISTEMA DE CORTARSE EL PELO



¿Tendría V. la bondad de cortarme el cabello y la barba con esta máquina?



¡Cristo me valga!



De todos modos, gracias y mande lo que guste

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN